BOLSILIBROS

Selección

TERROR

LA MUERTA QUE VIVIO SEIS VECES

SILVER KANE

Lectulandia

El rostro apareció ante sus ojos. La mujer lanzó un grito lacerante, angustioso, mientras todo se ponía a dar frenéticas vueltas en torno suyo.

Apenas pudo repetir:

—Nooooo…

Y fue entonces cuando supo que estaba condenada a muerte. Fue entonces cuando las manos dejaron de acariciarla para buscar sólo su garganta, para segar la fuente de su vida.

Los ojos de la mujer se dilataron espantosamente. La estaban estrangulando.

Se le iban las fuerzas, el alma.

Por fin, todo se nubló ante ella.

Todo dejó de girar.

Era el fin.

Pero ella no podía sospechar aún que también era el espantoso principio.

Que aún moriría cinco veces más.

Lectulandia

Silver Kane

La muerta que vivió seis veces

Bolsilibros: Selección Terror - 1

ePub r1.3
liete 07.12.14

Título original: *La muerta que vivió seis veces*
Silver Kane, 1973

Editor digital: liete
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

SELECCION
TERROR

PRIMERA PARTE

PRIMERA VIDA, PRIMERA MUERTE

PREFACIO

La mujer se distinguía por la pequeña y suave cicatriz que había en su mejilla izquierda, casi en el borde de la mandíbula. ¿Se ha fijado usted, amigo lector, en que no todas las cicatrices son feas? ¿Se ha dado cuenta de que algunas tienen gracia y otorgan una cierta personalidad? Bueno, pues eso exactamente le ocurría a la mujer que aquella noche cruzó a pie los arrabales de Issy les Molineaux, al sur de París, para llegar a la vía férrea que separa la gran central eléctrica de los muelles de Stalingrad. Era una mujer bonita, airosa. Tenía buenas curvas. Pero hubiera resultado seguramente tan sólo una mujer normal, tirando a hermosa, de no ser porque aquella pequeña marca le confería una cierta gracia. Los hombres se lo decían. Algunos le habían dicho que la reconocerían por aquello aunque no la viesen en diez años.

Viéndola moverse, nadie hubiera podido imaginar que aquella mujer había estado a punto de morir años atrás. Que había estado a punto de morir, además, quemada viva.

Tampoco hubiera dicho nadie, y menos ella misma, que aquella noche iba a encontrarse con el gozne de su destino.

Atravesó la oscura calle de Camille Desmoulins y vio, a lo lejos, las luces del Pont d'Issy. Pero aún había de atravesar las oscuras soledades de la vía férrea.

No le gustaba pasar por allí, y menos de noche, pero con aquel camino ganaba mucho tiempo para ir a su trabajo. De modo que se pegó por unos momentos a la vía y buscó el atajo que la llevaría, en el centro del río, a la Ile Germanin y el Stade Renault.

De pronto lo vio.

Era una figura alta, negra.

Causaba un efecto espectral entre las sombras de la noche. Era como una visión de aquelarre, como una figura del otro mundo.

Y no resultaba eso lo más estremecedor, lo más extraño.

Además, iba encapuchada.

Sólo unas leves rendijas permitían ver las zonas claras de sus ojos y su boca.

La mujer se detuvo durante unos segundos en la soledad del atajo, tan asombrada, que fue incapaz de reaccionar. Por un momento pensó incluso que aquello era una estúpida broma. Pero cuando vio la figura negra avanzar hacia ella, cuando notó que las manos se dirigían hacia su cuello…, ¡supo que no era una broma! ¡Supo que iban a matarla!

Fue a gritar, fue a lanzar un grito de terror que llenara la noche.

Pero una mano ya había caído sobre ella, tapándole la boca. La mujer pensó que era extraño que aquel individuo llevara las manos libres, sin guantes, cuando suele ser la primera precaución que toma un asesino. Pero pronto se dio cuenta del porqué. Aquellas manos buscaron sus líneas. Le acariciaron ansiosamente.

La mujer sintió más miedo aún.

Supo lo que iba a ocurrir. Sobre todo cuando el encapuchado la derribó ya no tuvo duda. Pero había algo extraño en él. Algo que podía parecer absurdo. O que en todo caso era increíble.

La boca ansiosa estaba besando una sola zona de su piel. ¡Aquella pequeña zona en que tenía la cicatriz! ¡Sólo ésa, despreciando las otras!

Ella lanzó un gemido. Un gemido ronco, desesperado.

Pero era difícil que a aquella hora y en aquel sitio la auxiliase nadie. Además, París es ya una inmensa ciudad-indiferencia donde ningún vecino se preocupa del otro. Notó que iba a ser forzada. Un terror lacerante, aniquilador, se apoderó de ella.

Recordó entonces, como en una confusa niebla, las veces que una voz desconocida la había llamado por la noche. Las veces en que se le dieron citas a las que ella no acudió.

Y las veces que la habían seguido.

¡Las veces que la habían seguido extrañas sombras surgidas de la noche!

Como esta sombra monstruosa que la acariciaba ahora. Aquella sombra que seguía besando… ¡exclusivamente un pedazo de su piel!

Hay momentos terribles en que la inteligencia, los sentidos, trabajan a una presión que en los momentos normales no llegamos ni a soñar. Momentos en que, tenemos raras intuiciones. Sabemos exactamente lo que va a suceder como si nos hubiera sido dado el don de prever el futuro.

Y la mujer se dio cuenta entonces que aquel fantasma no tenía intención de matarla. Que más bien la acariciaba con una especie de veneración. ¿Podía haber amor en un miserable que la asaltaba de aquel modo, entre las sombras de la noche?

Pero, además, la mujer tenía una sensación incomprensible.

Una sensación de vértigo.

Una sensación de haber penetrado en otro mundo.

Resolvió estarse quieta para evitar lo peor. Supo instintivamente que no ocurriría nada más.

Y sin embargo, ocurrió. En aquel momento giró para el gozne del destino.

Vio las manos. Y vio en ellas algo que conocía. Algo… Algo… ¡Algo!

—No —pudo barbotar apenas—. ¡Noooo!…

No había terror en su voz, sino asombro. Entonces, se desasió de un brusco movimiento y tiró hacia arriba de la capucha.

El rostro apareció ante sus ojos. La mujer lanzó un grito lacerante, angustioso, mientras todo se ponía a dar frenéticas vueltas en torno suyo.

Apenas pudo repetir:

—Nooooo…

Y fue entonces cuando supo que estaba condenada a muerte. Fue entonces cuando las manos dejaron de acariciarla para buscar sólo su garganta, para segar la fuente de su vida.

Los ojos de la mujer se dilataron espantosamente. La estaban estrangulando.

Se le iban las fuerzas, el alma.
Por fin, todo se nubló ante ella.
Todo dejó de girar.
Era el fin.
Pero ella no podía sospechar aún que también era el espantoso principio.
Que aún moriría cinco veces más.

CAPÍTULO PRIMERO

Muy pocos días después de aquello, el automóvil negro pasó por el Quai de la Loire, dejó a la izquierda el Bassin de la Villette y atravesó por debajo del paso elevado del boulevard McDonald, bordeado a izquierda y derecha por los enormes mataderos de París. Luego pasó por la rue Victor Hugo, ya en el municipio de Pantin, y se detuvo unos kilómetros más allá, una vez dejado muy atrás el Pré St. Gervais.

Era un automóvil de la policía.

No hacía sonar el lastimero toque de sirena con el que otras veces intentaba abrirse paso por las abigarradas calles de París, pero no hacía falta para que todo el mundo lo reconociera. Los automóviles le cedían la preferencia en los cruces y los escasos urbanos cortaban el tráfico para que pudiera pasar. Así daba gusto.

Al fin se detuvo ante una casa aislada.

Había sido una parada de diligencias un siglo atrás. Debía haber sido también, en aquel tiempo, un sitio donde se comía bien y se trasegaban sin descanso panzudas jarras de vino de Burdeos. Sobre la puerta aún se reconocía, detrás de sucesivas capas de pintura, el nombre que había tenido aquel lugar, muy poco original por cierto: *Au relais du Postillon*. Los postigos de las ventanas eran de madera maciza y las puertas estaban cerradas.

El conductor miró aquello apreciativamente y susurró:

—Menudo sitio…

—¿No te gustaría vivir aquí? —preguntó el sargento Lecoq.

—Ni pizca. Está muy aislado.

—Mejor, hombre. Poca contaminación, poco ruido… Me parece estupendo para ver la televisión en zapatillas y para tener escondida a una chica que valga la pena. Hala, acércate.

El coche negro se detuvo ante la entrada de la casa. El sargento Lecoq se volvió entonces hacia el asiento posterior.

—Clemens —dijo.

El hombre que estaba sentado allí, entre dos agentes y con la mirada perdida, la concentró de pronto en el que le hablaba.

—Diga, sargento.

—Ya vuelves a estar en tu casa, el sitio donde asesinaste a tu mujer. No sé si los vecinos te querrán, pero como esto está aislado, te verás con muy poca gente. Y ahora escucha la cartilla: estás en libertad provisional por buena conducta, después de ocho años de cárcel. Pero un solo delito, por pequeño que sea, una sola bronca bastarán para que vuelvas a la Santé, de donde, en mi opinión, no debiste haber salido nunca. Te presentarás los días uno y quince de cada mes ante el juez de instrucción y no podrás alejarte más de cincuenta kilómetros sin permiso escrito. ¿Entendido todo?

—Entendido, sargento.

—Pues adelante. Y a ver si se te aparece el cadáver de tu mujer. ¡Al fin y al cabo,

no lo hemos encontrado nunca!…

Abrió la portezuela para que bajase. Clemens lo hizo tímidamente, como si temiese que en el último minuto se arrepintieran y se lo llevasen otra vez a la prisión de la Santé. En los últimos seis años había oído hablar del caso de un condenado a muerte que se lanzaba de cabeza contra las paredes, cada noche, cuando pensaba que iban a ejecutarlo, organizando unas peloteras inenarrables. La noche de la «ceremonia» le dijeron que había sido indultado por el presidente de la República, le vistieron, le afeitaron bien, le dieron un pase… y se lo llevaron a la guillotina.

Pero a él no iba a ocurrirle lo mismo.

Todos los policías le sonreían.

Casi le animaban.

Incluso el sargento le susurró:

—Hala, hombre. Estás en tu casa…

El coche dio media vuelta y se alejó, dejándole solo.

Clemens miró tristemente el edificio.

Pensó: «Mi casa…».

Después de seis años ya no tenía la menor sensación de hogar. Y si la tenía, era en todo caso una sensación amarga. Todo aquello no le parecía suyo. Cuando vio el coche de la policía que se alejaba, se sintió tan solo que se hubiera puesto a gritar.

Al menos durante aquellos últimos seis años no había estado solo. Lo terrible eran las noches, pero en la enfermería de la cárcel le daban una pastilla para dormir y así no pensaba en nada. Ahora, en cambio, ¿qué iba a suceder? ¿Cómo se enfrentaría de nuevo a su vida?

Miró la vieja casa, aquel edificio centenario en el que estaba el cadáver de su mujer, un cadáver que no había aparecido nunca.

¿Sintió miedo? ¿Fue el miedo lo que le hizo tener un estremecimiento ante la carretera solitaria?

No se atrevía a llamar.

De pronto oyó pasos que aplastaban la gravilla al otro lado de la carretera. Un poco más allá había un letrero que advertía: «Camino particular. Prohibido el paso». Y ésa era la razón de que por allí no cruzara casi nadie. Sin embargo, Clemens, al volverse, distinguió las dos siluetas que venían hacia él. Eran dos siluetas que habían estado ocultas detrás de la cercana masa de árboles y que ahora venían hacia la casa. En el primer momento le produjeron, incluso, un efecto siniestro.

Y, sin embargo, cuando los tuvo a pocos metros, se dio cuenta de que se había equivocado. Eran un hombre y una mujer muy jóvenes. Él debía tener unos veintisiete años y ella unos veintidós. Lo que ocurría era que llevaban ropas negras, lo cual no les favorecía en absoluto.

Clemens abrió la boca asombrado. Susurró:

—Señor Marten…

El hombre le tendió la mano efusivamente. Hizo un gesto para presentarle a su

acompañante, una bonita morena de ojos profundos y negros, dotada de unas curvas que hubiesen mareado a cualquiera de los hambrientos postillones que antes paraban allí. Clemens, que aún era un hombre joven y llevaba seis años sin tocar a una mujer, tuvo que fijarse forzosamente en eso.

—Le presento a la señorita Louvier —dijo Marten—. En estos momentos es mi secretaria. Yo antes no tenía secretaria, ¿recuerda? Hasta mi cartera de piel la estaba pagando a plazos. La señorita Louvier trabaja también en la administración de justicia. Es ayudante del forense de la demarcación; controla el depósito de cadáveres de Pantin.

A Clemens no le hizo gracia que una chica tan bonita controlara un depósito de cadáveres. Pero en este mundo de nuestros días ¡ocurren cosas tan raras! De modo que le estrechó la mano y susurró:

—Es un placer conocerla, señorita Louvier. Y a usted también me alegra verle, Marten. Sé que hizo mucho para que me concedieran la libertad provisional y, además, nunca me ha cobrado un céntimo. ¿Pero por qué ha venido aquí? Pensaba que, en todo caso, me esperaría a la salida de la Santé.

—Quería animarle, Clemens. Quería saber cómo encontraba el ambiente de su casa al volver. Tal vez sea aquí donde usted me necesita.

—¿Por qué hace esto, señor Marten? Sabe perfectamente que muy poco dinero va a sacarme.

El otro rió.

—Hum… ¿Por qué la gente habla siempre de dinero? Yo nunca le he cobrado nada, Clemens, ni pienso cobrárselo. Lo que ocurre es que me siento responsable de la condena que se le impuso, sin aparecer antes el cadáver de la víctima. Fue un gran éxito profesional mío… Un gran éxito al revés, ya me entiende.

Y hundió la cabeza, mientras sus labios dibujaban una sonrisa amarga. En tanto hacía un gesto de disculpa, añadió:

—Fue mi primer caso, Clemens, compréndalo… Yo acababa de terminar la carrera y el asunto me correspondió por turno de oficio. Varios abogados prestigiosos quisieron defenderle gratis a usted porque el asunto, en verdad, era apasionante. Pero usted depositó su confianza en mí porque pensó que nadie se tomaría tanto interés como yo. Fue un error, señor Clemens, un terrible error para usted. Me comporté como un aprendiz ante el implacable fiscal de los tribunales del Sena. En fin, me comporté como lo que era. Yo tenía a mi favor una gran cosa: no había sido hallado el cadáver. ¿Cómo, pues, podía mantenerse la tesis de un asesinato? Pero ni eso pude conseguir. Lo único que pude evitar fue que le enviaran a la guillotina. Lo contrario hubiese sido el colmo.

Dio unos pasos sin dejar de mirar a su antiguo cliente. Ahora Marten era un hombre seguro de sí mismo, fuerte y ancho de espaldas, con la mirada fija y audaz. ¡Qué diferencia de antes, cuando sólo tenía veintiún años! Entonces también era fuerte y ancho de espaldas, pero Clemens recordaba que cuando entraba en la sala de

audiencias palidecía. Y una vez, después de un brillante e implacable alegato del fiscal, a Marten se le había cortado la voz, como si de repente se hubiese olvidado de todo lo que tenía que decir.

Y para disimular se había puesto a toser como un tísico.

Lastimoso.

Pero, en fin, ¿por qué había confiado él, Clemens, en un abogado absolutamente inexperto, que acababa de terminar su carrera a los veintiún años? La culpa era suya.

—Todos aquellos recuerdos aún me avergüenzan —confesó Marten—. Le juro que durante seis años he estado pensando que su condena hubiera debido sufrirla yo, por idiota. Y en cierto modo ya la he sufrido. Pero le aseguro que ahora soy un abogado que conoce bien su oficio, señor Clemens. Quiero ayudarle y remediar lo mal que hice las cosas entonces.

—Ya lo ha remediado en parte. Ha conseguido que me otorgaran la libertad provisional, lo que en mis circunstancias no era tan fácil.

—Quiero hacer algo más. Necesito hacer algo más.

—¿Qué trata de conseguir, señor Marten?

—Que le rehabiliten. No hay motivo para que usted pase seis años más en libertad condicional, expuesto a que un desliz, un altercado en la calle o un simple capricho de la policía lo envíen de nuevo a la celda que ha dejado hoy. No quiero que pase seis años sin encontrar un trabajo honrado y teniendo que evitar las miradas de sus vecinos. Usted tiene derecho a que le respeten y lo conseguiré.

—Señor Marten…, ¡por favor!… Usted hizo lo que pudo y yo le estoy agradecido igualmente. La condena fue legal, al fin y al cabo, aunque no fuera justa. Llegué a aprenderme de memoria ese artículo del Código Penal según el cual «el secuestrador que no logre dar razón de su víctima tendrá la misma pena que si la hubiera asesinado, en el caso de que la tal víctima no aparezca». Porque lo cierto es que yo secuestré a mi propia esposa. Usted recuerda perfectamente que habíamos tenido un par de disgustos conyugales serios, ella se había ido con nuestra hija a un hotel de Saint Denis y yo la saqué a la fuerza de allí para tener una explicación. Deposité a la pequeña en esta casa y fuimos con Suzanne a la Porte des Lilas. Yo sólo quería hablar, se lo juro; no había pasado por mi imaginación el hacerle ningún daño. Pero en un momento de descuido desapareció y no la he vuelto a ver desde entonces. La busqué como un loco, y cuando regresé a esta casa me detuvo la policía, que había sido alertada por el dueño del hotel del cual la saqué a la fuerza. Así empezó todo. ¿Cree que no me hago cargo? La cosa no era tan fácil para usted. No aparecer el cadáver significaba que yo había matado a Suzanne y había ocultado el cuerpo en algún sitio. Y lo cierto es que… Bueno, lo cierto es que no ha aparecido aún, a pesar de haber transcurrido seis años…

Tuvo un estremecimiento. De pronto miró la carretera solitaria, el ambiente vacío. Sintió el aire remansado y quieto. Una especie de silencio agorero flotaba en el espacio.

De no estar con Marten y aquella hermosa muchacha, es muy posible que se hubiera puesto a chillar.

Clemens se secó las gotitas de sudor que perlaban su rostro.

Musitó:

—Bueno… Perdonen. Me emociono, a veces, como un idiota.

Marten le miraba fijamente.

—¿Tiene miedo, señor Clemens? —musitó.

—Pues…, sí.

—¿De qué?

El ex presidiario volvió a estremecerse. Volvió a mirar al vacío. De pronto, sus manos parecieron arañar el aire con un gesto frenético.

—Quizá… quizá tengo miedo de este vacío —dijo—. No lo sé.

—Es cierto —musitó Marten—. Por este camino particular no pasa nadie. Resulta curioso… Un sitio situado tan cerca de París y cualquiera diría que está en lo más abrupto de las Landas. Por eso he venido, señor Clemens. Quiero hacerle compañía en los primeros momentos, que serán los más difíciles.

Clemens apretó los labios.

—Váyase, señor Marten —dijo—. Váyase, señorita Louvier.

—Pero…, ¿por qué?

—Necesito estar solo. Les ruego que lo comprendan. Necesito estar solo.

Marten no contestó.

Miraba fijamente el edificio, con expresión especulativa. Al cabo de unos instantes, musitó:

—¿Cuántos años tiene esta casa, señor Clemens?

—Unos ciento cincuenta. Poco después de las guerras napoleónicas, en una de las épocas más tristes para Francia, la ruta de las diligencias pasaba por aquí, por lo que ahora es este camino particular. Un antepasado mío instaló el mejor restaurante de la ruta. Servía los más apetitosos asados de la comarca y despachaba los mejores caldos de Burdeos. Sus vinos, los grandes crudos, ponían los ojos en blanco a los postillones de las diligencias. Tenía una gran visión del negocio y, a su manera, era un gran hombre.

—Debió ganar mucho dinero —dijo Marten—. ¿Qué se pagaba entonces? ¿Se pagaba en luises de oro? ¿O circulaban aún los napoleones? Debió reunir una bonita suma de ellos, ¿no?

—No —dijo, secamente, Clemens.

Marten parpadeó sorprendido.

—¿No? —preguntó—. ¿Y por qué?

—La gente acabó no parando aquí. Tenía miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

Clemens hizo un gesto de impaciencia.

—¿Es necesario que sigamos hablando de esto, señor Marten? ¿No se da cuenta

de que es mi primer día de libertad?

—Lo comprendo, señor Clemens. Perdóneme, pero es la última pregunta que le hago. ¿Miedo de qué?

—Las brujas —masculló secamente el otro.

—¿Qué ha dicho?…

—Lo ha oído bien: las brujas.

—En aquella época ya no se creía en brujas, señor Clemens.

—¿Pero qué dice? ¿Es que usted no conoce el alma humana, señor Marten? ¿Es que los abogados no se molestan en estudiar al menos un poco de eso? La gente siempre ha creído en brujas y siempre se ha sentido atraído por ellas, al mismo tiempo que les profesaba envidia y miedo. Lo que ocurría en la Edad Media también ocurría a principios del siglo pasado, con el agravante de que Francia, después de la derrota de Napoleón y después de la caída de su brillante imperio, había vuelto a hundirse entre las sombras de la Historia. Era nuevamente un país campesino, de gentes derrotadas y míseras que querían encontrar la salvación en las viejas tradiciones. Por lo tanto, la gente se volvió a obsesionar con las brujas. ¿Le parece extraño? También está obsesionada hoy, a pesar de que hayamos alcanzado la Luna y poseamos la bomba atómica. Nunca los adivinos y los brujos habían ganado tanto dinero y habían tenido tanta fama ¡con los anuncios de las revistas de París! En fin… ¿Pero por qué le hablo de eso? Sólo le he pedido que me dejen tranquilo. Un hombre como yo tiene derecho a un poco de paz.

Marta Louvier no había abierto la boca, pero mantenía sus ojos fijamente clavados en el rostro todavía juvenil de Clemens. En cuanto al abogado Marten, su mirada se había vuelto gris, inquisitiva y penetrante. Parecía un taladro que hurgara hasta el fondo de los pensamientos de Clemens. Al fin, susurró:

—¿Había aquí brujas de verdad? —musitó—. ¿Quiénes eran?

—¡Qué tontería! Un par de criadas. ¿Por qué hablamos de eso?

Pero la mirada de Marten seguía pareciendo un taladro. El abogado insistió:

—¿Qué pasó con ellas? ¿Las llevaron ante un tribunal? Quizá entonces había aún procesos por brujería, ¿no? ¿Qué fue de ellas?

Clemens dijo, sombríamente:

—Desaparecieron.

Marten pestañeó.

—¿Y no volvió a saberse de ellas?

—No.

Un nuevo pestañeo en los ojos del abogado.

—O sea, exactamente… —preguntó— exactamente como en el caso de su mujer ¿verdad?

—Sí.

Marten tragó saliva.

Sentía en su garganta una bola espesa.

—Señor Clemens ¿qué piensa hacer usted? —musitó.

—¿Por qué lo pregunta?

—Lo diré de otra manera: ¿Por qué quiere estar solo?

—Por nada. Déjeme en paz.

—Señor Clemens, ¿qué espesor tienen los muros de esta casa?

—En algunos puntos, dos metros y treinta y dos centímetros. ¿Por qué?

—¿Cómo es que lo recuerda tan exactamente?

—Pues… siempre lo he sabido.

La voz de Clemens había sido vacilante durante unos segundos.

Marten insistió:

—De acuerdo… Usted siempre lo ha sabido. Pero han pasado más de seis años desde que usted salió de este lugar y en un tiempo tan largo un dato así se olvida. ¿Quién se acuerda de una cosa tan tonta como el espesor exacto de las paredes de una casa a la que quizá no va a volver nunca más? Nadie se acordaría a menos que…, a menos que hubiera estado pensando en eso constantemente durante seis años. ¿Es ése su caso? ¿Ha pensado constantemente en el espesor de esos muros, señor Clemens?

El ex presidiario palideció.

Sus ojos estaban turbios.

Le temblaban las manos levemente.

Marten preguntó con voz lenta, intensa, silbante:

—¿Qué es lo que ha pensado, señor Clemens? ¿Qué va a hacer?…

CAPÍTULO II

La casa estaba como antes. Como seis años atrás.

Silenciosa. Quieta.

Pero tenía un grato sabor de hogar.

Sobre todo, cuando aquella voz salió de entre las sombras. Aquella voz que dijo:

—Papá…

Los ojos de Clemens se entrecerraron. Sus párpados temblaron varias veces.

Llevaba un año largo sin ver a Danielle.

Dios santo… Un año ya. ¡Y cómo había cambiado en ese tiempo!…

Danielle era ahora una preciosa mujercita de diecisiete años, con las líneas muy marcadas y con una encantadora sonrisa en el rostro. Una bendición de chiquilla. Tanto que Clemens se alegró de que no hubiera vuelto a la Santé para verle.

Años antes, al principio de la condena, venía una vez al mes, durante las horas de visita, y desde el momento en que la veía desaparecer contaba Clemens los treinta días que faltaban para volver a verla. La presencia de Danielle era para él la única luz que se filtraba en aquel mundo de tinieblas.

Ni él mismo se daba cuenta de que se estaba haciendo una mujer. Para el presidiario encerrado en la Santé seguía siendo la chiquilla de once años que un día se quedó de pronto sin padre y sin madre. Hasta que un mal día alguien se lo recordó. Dos tipos asquerosos le hicieron saber que Danielle ya no era una niña.

—Eh, tú… Ésa que viene, ¿es tu hija? La hemos visto en la sala de visitas dos veces. ¿Es de verdad tu hija?

Clemens los había mirado. Los dos fulanos que estaban allí eran dos violadores de mujeres que pronto iban a salir. Como ocurre siempre con esa clase de buitres, no se habían arrepentido en absoluto y esperaban volver a las andadas. La ley les había demostrado todo lo contrario de lo que la ley debiera demostrar. Les había enseñado que no se come a nadie. Y ante tanta benevolencia, esperaban volver a repetir, pero esta vez haciendo mejor las cosas.

—Tienes que darnos la dirección —le había dicho uno de ellos—. Nosotros salimos pronto y en cambio tú aún estarás pudriéndote un montón de años aquí. Le haremos compañía, ¿sabes? Una buena compañía…

Clemens se había horrorizado ante aquellas palabras y había decidido que aquellos dos cerdos tendrían ocasión de olvidarse de su hija porque no la verían más.

Fue entonces cuando le prohibió que volviera a visitarle. Ningún sacrificio podía resultar más cruento, más amargo para Clemens, pero era mejor así. Y, durante un año, Danielle no había vuelto.

Ahora se daba él cuenta.

¡Era una soberbia mujer!

Lástima que sus ojos siguieran teniendo aquella expresión vacía. Lástima que su cerebro siguiera siendo el de una niña de diez años. Sin llegar a ser subnormal,

Danielle no era lo que se dice un prodigio de inteligencia. Pero todo lo que le faltaba de talento lo compensaba con su sensibilidad y, sobre todo, con su cariño maravilloso.

—¡Papá! —musitó—. ¡Papá!…

Y cayó en sus brazos.

Clemens seguía siendo el único apoyo para ella. Seguía constituyendo todo su mundo.

A pesar de que acabara de salir de la cárcel. Y a pesar de que le hubieran metido allí por haber asesinado —decían— a la madre de Danielle.

Los dos se besaron.

Y entonces Danielle los vio por encima del hombro de su padre. Vio aquellas dos figuras quietas y erguidas en la puerta.

—Papá…, ¿quiénes son?

Había temblado.

—Pero, Danielle…, ¿de qué tienes miedo?

—De nada, de nada… ¿Pero quiénes son?

Clemens miró hacia atrás.

¿Qué infiernos pasaba en aquella casa?

¿Por qué aquellas dos figuras detenidas en el umbral, unas figuras tan normales, le parecían de repente tenebrosas y siniestras?

—Son mi abogado, el señor Marten, y su secretaria —dijo, tratando de sonreír—. Han venido a verme en el primer día de mi libertad. Por cierto, el señor Marten se ha ocupado mucho de ti, aunque tú no le conozcas. Ha conseguido que la Asistencia Social te pagara escuela comida y alojamiento durante estos años. Tienes que estarle agradecida. Vamos, saluda al señor Marten.

La muchacha se acercó tímidamente.

Todo le daba miedo.

Sus ojos dormidos se clavaron en la esbelta figura del abogado y, sobre todo, en la figura de su secretaria. Aquella mujer tan elegante le daba envidia, pero también le imponía. Hasta le inspiraba un poco de terror.

—Gracias, señor Marten —dijo—. Es para mí un honor conocerle.

Se había limitado a repetir lo que le enseñaron en el colegio. Y era lo mismo que repetiría siempre, aunque tuviera ochenta años. Para Danielle no podía haber nada más allá de unos cuantos conocimientos elementales y unas cuantas frases hechas.

—No me trates con tanta ceremonia —dijo él, sonriendo—. Soy un buen amigo de tu padre y por tanto un buen amigo tuyo. Vendré a veros con frecuencia, ¿quieres?

—Lo que usted diga, señor Marten.

El abogado y su secretaria se dirigieron a la puerta. Desde allí, el joven se volvió para decir:

—Ahora la Asistencia Social ya no se ocupará más de su hija, señor Clemens, puesto que usted está libre y, además, tiene algunos ahorros obtenidos en el taller de

la cárcel. Pero si necesita algo en ese sentido, llámeme. Aunque creo que es mejor que venga a verle con frecuencia. ¿Le parece?

—Siempre será bien recibido, señor Marten.

Y la puerta se cerró.

Los dos habían desaparecido.

Otra vez las sombras, el silencio, la soledad, pesaban angustiosamente sobre la casa.

Marten puso en marcha el motor del coche que había tenido estacionado detrás de los arbustos, en un camino marginal. Miró pensativamente el edificio.

—Es curioso —musitó—. Parece de otra época… Bueno, lo es. Quiero decir que no se trata sólo del edificio. También el aire, la luz, el paisaje, parecen de otra época.

—Claro —dijo Marta Louvier—. Es algo maravilloso. El aire está limpio, no hay ruidos y no circulan coches…

E hizo runrunear el motor. Hasta el suave ruido del «Citroen» pareció allí un sacrilegio. La muchacha encendió un cigarrillo y musitó:

—¿Qué crees que va a hacer?

—No estoy seguro, pero me temo que se dedique a buscar el cadáver de su mujer.

—¿No es lo mismo que querías hacer tú?

—Bueno, no es exactamente eso… Al hablarte de que quería buscar a Suzanne no me refería a buscar su cadáver, sino a ella misma. Yo siempre he tenido la sensación de que está viva.

Marta suspiró con desaliento.

—Hemos hablado de eso muchas veces, Jean. Ya te he entendido, ya… Lo que ocurre es que yo no creo que esté viva, porque llevas seis años buscándola sin resultado alguno.

—Pero no he desesperado aún.

—¿Y por qué te importa que la busque él?

—Porque lo suyo es distinto. Él buscará su cadáver. Es capaz de abrir huecos en todas las paredes de la casa, algo que no se atrevió a hacer ni la policía hace seis años. Y en ese caso temo por su hija, esa pobre muchacha llamada Danielle. Acabará volviéndose loca.

Encendió él también un cigarrillo a su vez y murmuró:

—Creo que será mejor que me deje caer otras veces por aquí. Sí… Será lo mejor. ¿Nos marchamos?

—Claro… —dijo Marta—. Ya estoy cansada de sensaciones irreales, como si me hubieran transportado a través del túnel del tiempo. Hasta añoro el asfalto, la contaminación, los semáforos y las multas de tráfico. ¿Vamos?

Giró el volante y se desvió para entrar de lleno en el camino secundario. Pero para eso tuvo que pasar por una pequeña zona pedregosa. Maniobró, y al dar marcha atrás sintió en las ruedas posteriores una serie de chasquidos siniestros.

—¿Pero qué es eso? —susurró Marten—. ¿Se le ha roto la transmisión a tu

coche?

—¿Cómo se va a romper? ¡Es nuevo! ¡Aún no he terminado de pagar los plazos!

—¿Pues qué pasa?

—No lo sé… Hemos debido aplastar algo. Espera, lo miraré.

El que saltó del coche fue Marten, para que ella no tuviera que molestarse. Miró hacia la parte posterior del coche. Y de pronto lanzó un sordo gruñido.

—¿Pero qué es esto?

Marta susurró:

—El esqueleto de un caballo… Estaba medio oculto entre las hierbas. No lo entiendo…

Y añadió:

—Parece de una época lejana, cuando los caballos morían en los caminos… Es… es alucinante…

Y con voz que era apenas un soplo, añadió:

—Igual que si hubiéramos atravesado el túnel del tiempo…

CAPÍTULO III

Parecía como si el coche negro de la policía volviese por el camino otra vez, para llevarse a Clemens hacia la prisión de la Santé. Avanzaba sin hacer ruido, con la sirena muda y los faros apagados. Más que un coche de la policía parecía el vehículo de un comando de atracadores. Era como una mancha siniestra entre las sombras del anochecer.

El comisario Grenier susurró:

—Bueno, ¿a cuántos centenares de metros está la casa?

—Apenas a un cuarto de kilómetro —dijo Marten—. Siguiendo por el camino la encontraríamos en seguida. Incluso desde aquí deberían verse las luces.

—¿Y por qué no se ven?

—No lo entiendo.

—¿Acaso no tienen luz eléctrica? —preguntó Grenier.

—¡Pues claro que la tienen! ¡Qué pregunta!

Pero de pronto a Marten le pareció que aquella pregunta no era tan extraña. Le pareció que él mismo, al fin y al cabo, tal vez habría acabado haciéndola.

Como si los dos pensaran lo mismo, el comisario Grenier murmuró:

—¡Vaya sitio! ¡Tan cerca del moderno y rabioso París y tan metido, sin embargo, en el siglo diecinueve! En cuanto uno atraviesa ese cartelito que dice «Camino particular», es como si volviera atrás en el túnel del tiempo.

Marten pestañeó.

Era casi lo mismo que había dicho Marta Louvier días antes, desde que casi aplastaron el esqueleto de un caballo. Y lo que él había estado pensando, sin poder evitarlo, desde que salieron de allí.

Susurró:

—No hace falta que nos acerquemos más. Iré a pie.

—De acuerdo —dijo Grenier—. Y óigalo una vez más, Marten: He hecho esto porque le debo a usted favores y porque me ha sacado de más de un lío cuando he tenido denuncias contra mí por negligencias en el cargo. Pero no quiero conflictos. Lo único que le facilitaré es que usted pueda pasar una noche en esa casa sin que Clemens sospeche. Aunque jamás he creído que sus temores estuvieran justificados.

—Yo sí —dijo Marten, con voz firme—. No le he pedido este favor por hacer deporte, comisario. Si Clemens ha empezado a perforar las paredes, sacaré a su hija de allí. No quiero que esa pobre muchacha, al fin y al cabo una débil mental, acabe volviéndose loca.

—Pero necesita usted asegurarse, ¿verdad? Quiere ver detalles que en una simple visita de cumplido no podría ver.

—Exacto.

—Está bien. Examinemos el juego… Primer punto: coche. Dentro de unos minutos lo tendrá cerca de la casa con una avería que no va a poder arreglar ni todo el

taller de mecánicos de la casa Maseratti. Habrá que llevarlo en grúa al taller. Usted pedirá ayuda a Clemens y entre los dos no podrán reparar nada, de modo que tendrá la primera excusa para pasar la noche ahí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Segundo punto: el tiempo. Según los meteorólogos, se acerca una tormenta como para chuparse los dedos. Los cálculos dicen que estará encima de la comarca de París dentro de media hora. Con esa tromba de agua y el coche averiado, no tendrá más remedio que pedirle a Clemens que le deje quedarse en su casa. ¿Es ése su plan?

—Sí, justo. Ése es mi plan —dijo Marten.

—Pues observe lo que quiera, pero no coarte para nada la libertad de ese hombre. No quiero denuncias ni jaleos, ¿eh? Y no olvide que yo no le conozco.

—No lo olvidaré, comisario. Gracias.

Y saltó del coche.

Al avanzar por el camino, tuvo de nuevo aquella brusca sensación de irrealidad: Era una sensación que no podía explicarse. Cuando se detenía a pensar exclamaba: «¡Qué tontería!». Pero cuando volvía a andar y se dejaba llevar por sus sentimientos, notaba otra vez en la espina dorsal aquel estremecimiento que le helaba la sangre.

Las tinieblas se iban espesando más cada vez.

Y lo que ocurría era absurdo.

¡No había ninguna luz!

¡Aquel camino a escasos centenares de metros de las grandes carreteras nacionales no estaba iluminado de ninguna manera!

La casa tampoco lo estaba.

Era como una masa compacta en las sombras.

Marten llegó ante la puerta.

Fue a pulsar el timbre.

Estaba seguro —o casi seguro— de que había un timbre la primera vez que vino allí.

Pero lo buscó inútilmente.

Nada.

Tenía que llamar a la puerta a aldabonazos, como seguramente ocurría ciento cincuenta años atrás.

Llamó y al cabo de unos instantes le abrió el propio Clemens. Marten observó con sorpresa que la casa estaba casi a oscuras. El gran vestíbulo de entrada sólo era iluminado por el resplandor de los leños en la chimenea y por un par de candiles de aceite.

Clemens susurró:

—Usted…

—Perdone —dijo Marten—, pero usted es la única persona conocida que tengo aquí cerca. Acabo de sufrir una avería en mi coche y me he acordado de que es un buen mecánico. ¿Podría ayudarme?

—Claro… ¿Qué es lo que yo no haría por usted, amigo Marten? ¿Dónde está su coche?

—Allí, a poca distancia del camino. Me he hecho un lío con el mapa de carreteras, ¿sabe? Tengo un cliente cerca del cementerio de Pantin y esta zona no la conozco.

—No se preocupe. Por fortuna, tengo aquí herramientas y una linterna. Vamos.

Tomó una pesada caja metálica de un armario cercano a la puerta y salieron. Marten susurró:

—¿Han tenido avería en la luz?

—¿Cómo?

—Avería en la luz.

—No —dijo tranquilamente Clemens—. Las luces funcionan.

Marten pestañeó.

Creía haber oído mal.

—Me refiero a la luz eléctrica —dijo—. Luz e-léc-tri-ca.

—No sé de qué me habla. Aquí nunca la ha habido.

—¿Que no la ha habido? Me parece que bromea, amigo Clemens. Esta zona está perfectamente urbanizada. Y yo juraría que vi las lámparas y los cordones cuando entré con usted.

—No pudo verlos porque no existen. Bueno, ¿dónde está el coche?

Marten sintió otra vez aquella cosa espesa en la garganta y por un instante lamentó haber venido. Aquellas sensaciones irreales a su edad eran una cosa que le afectaba profundamente. ¿A ver si acababa con los nervios deshechos? Tímidamente, señaló la masa negra que estaba junto a unos arbustos, al borde del camino de tierra.

—Hum… Pues es un buen coche —dijo Clemens—. El último modelo de la Peugeot… La avería no puede tener demasiada importancia. A ver, dé contacto.

Se oyó un runruneo y el motor no funcionó. Clemens movió la linterna por debajo del capó. Había allí una serie de ruidos que no le gustaban.

—Este coche es nuevo, ¿no?

—Comprado hace un mes.

—Pues es extraño… Ni que hubieran echado calderilla dentro de los cilindros. A ver, pruebe otra vez.

Al cabo de diez minutos, Clemens sudaba, tenía las manos llenas de grasa y se daba por vencido. No entendía la avería, pero en todo caso habría que remolcar el coche hasta un taller. Además, estaba empezando a amenazar tormenta y caían algunos goterones aislados, gruesos como salivazos.

—Haré auto-stop en la carretera para que alguien me devuelva a París —dijo Marten—. Porque usted, claro, no tendrá coche…

—¿Recién salido de presidio y voy a tenerlo? Claro que ahora vas a comprar cien gramos de jamón de York y te regalan un «Renault», pero yo no llego ni a eso. Tampoco voy a consentir que usted vaya a la carretera con el aguacero que se

avecina, señor Marten. Duerma en mi casa.

—No quiero causarle molestias. Comprenda… Yo…

—¿Tal vez mi casa le parece demasiado humilde?

—¿Cómo puede pensar eso?

—Pues entonces venga, hombre de Dios. A ver si cree que voy a consentir en dejarle solo debajo de este diluvio.

Porque, en efecto, el aguacero estaba cayendo ya, y tuvieron que correr para no empaparse antes de llegar a la casa. Una vez allí, Marten suspiró con alivio.

—Bueno… —dijo—. Menos mal… ¡Menuda tromba!

—Esto inundará los campos y se atascarán las ruedas de los carros. Mal asunto.

Marten no se dio cuenta de que en aquella frase había algo de raro hasta un momento después. La frase tuvo que ir y volver varias veces a su cerebro como una pelota, hasta que advirtió que allí había algo que no encajaba. Era una sola expresión: ruedas de carros. ¿Carros? ¿Cuáles?

—Amigo Clemens —dijo—, ahora ya no hay carros por aquí. Ahora solamente hay tractores.

—¿Quién le ha dicho que no los hay en esta comarca?

—¡Pero si estamos en París!…

—No sé qué decirle… Cuando amanezca los verá. Hay docenas.

Marten se encogió de hombros.

—Creo que me vendría bien una ducha caliente —dijo.

—¿Ducha?

—Sí. Du-cha.

—No la hay.

—Caramba, pues sí que está abandonada la casa… Perdone, he sido incorrecto. He querido decir que estaba abandonada porque usted no ha podido cuidar de ella. Pero ahora todo será distinto, ¿no?

—Claro. Ahora todo será distinto.

—¿Podemos lavarnos las manos?

—Sí. Hace poco he sacado agua del pozo.

—¿Pozo?

Clemens le miró fijamente, como si le extrañaran tantas preguntas.

—Sí, pozo —dijo—. ¿No ha visto nunca ninguno? ¿En qué época viven los abogados?

—Quería decir que… En fin, usted preferirá el agua corriente.

—No hay agua corriente.

—¿Cómo que no?…

—No, no la hay. En esta casa no la hay, aún.

Y dijo aún como si la casa se hubiera quedado anclada sin remedio en la oscuridad de principios del siglo diecinueve.

—Pues a mí me había parecido la primera vez que… Bueno, no me haga caso.

Nos lavaremos con el agua del pozo.

—Venga aquí, por favor.

Había dos grandes barreños llenos junto al alegre fuego de la chimenea. El agua estaba tibia. Se lavaron bien los dos, y para desengrasarse emplearon tierra fina.

—Creí que tendría usted algún detergente —susurró Marten.

—¿Qué dice?

—Detergentes…

—Nunca los ha habido aquí —murmuró Clemens, encogiéndose de hombros—. Nunca.

Y terminó de lavarse como si aquello le pareciera era lo más natural del mundo.

Marten le miró con sorpresa.

La luz incierta los envolvía a los dos.

Aquel hombre, aquel ex presidiario llamado Clemens se había anclado en la época de la casa. Había vuelto a vivir como ciento cincuenta años atrás. ¿Pero hacía eso de un modo consciente? ¿O tal vez no se daba cuenta?

—El caso es que… —musitó Marten—. Yo estoy seguro de que había… de que había luz.

—¿Qué dice?

Marten no contestó.

Palpó a la derecha de la puerta, donde lógicamente hubiera debido estar el conmutador. Pero no había nada.

Le envolvía una cierta y confusa sensación de pesadilla.

Pero para luchar contra ella, se encogió de hombros. Trató de sonreír.

—¿No ha salido? —murmuró.

—Oh, no… He estado en la casa.

—¿Y su hija? ¿Cómo está su hija?

—Muy bien. Y muy animada.

—¿Duerme ya a esta hora?

—Sí, claro. Aquí se va uno a dormir con la luz del sol.

—¿No ven la telev…? Perdone, ahora recuerdo que me ha dicho que no hay luz eléctrica.

—¿Quiere cenar algo, señor Marten? Quizá tenga hambre.

—No, gracias. Precisamente he comido hace poco. Y como no quiero turbar sus costumbres, me iré a descansar si usted iba a hacerlo ahora.

—No se preocupe… Ya sé que usted no está habituado a acostarse tan temprano. ¿Y por París? ¿Qué hay por París? Las noticias aquí llegan tarde.

—Pero…, ¡amigo Clemens! ¡Si está usted a dos pasos de París! ¡Esto es el barrio de Pantin!

—Sí, pero los caminos son malos.

—Hay… hay unas magníficas calles, Y unos soberbios autobuses. Y un Metro. Y unos repartidores de periódicos, señor Clemens. Y hasta unas preciosas radios a pilas

que dan las noticias cada treinta minutos. No hace falta ni luz eléctrica.

Clemens pareció no prestar la menor atención a aquello. Incluso dio la extraña, la absurda sensación de que no creía a Marten.

Éste tuvo de nuevo aquella brusca sensación de pesadilla.

—Amigo Clemens… —musitó.

—¿Qué?

—¿No me cree?

—Naturalmente que le creo, Marten. Estaría mal que yo desconfiara de mi propio abogado. Pero si todos esos adelantos existen, ¿por qué está usted aquí y sin poder moverse?

—Ya lo ha visto: he tenido una avería en mi coche.

—Por una razón u otra está usted aquí como lo estuvieron los fundadores de esta casa en las noches de lluvia. Y ahora permita que le ofrezca un cigarro. Mire. Acabados de llegar.

Le dio una targarina retorcida y casi pétrea. Era tabaco de calidad, pero para tíos de pelo en pecho. Para postillones y gente de esa que cada vez que escupía llenaba una palangana. Tabaco del que debían fumar en la Armada de Su Majestad doscientos años antes, cuando se reclutaba a las tripulaciones a golpes de látigo en las tabernas y las casas de mala nota.

Marten susurró:

—No sabía que trabajaran aún esta clase de labores. ¿Qué marca es?

—Sólo lleva el nombre de los importadores.

Marten leyó en el anillo: «Compañía de los Aventureros Británicos».

Quedó petrificado.

La Compañía de Aventureros Británicos era una de las que más habían contribuido a colonizar las Indias. Pero, ¿existía aún? Era una compañía de la época de los grandes descubrimientos, de la época del capitán Cook. Y apegada a normas tan tradicionales que cuando el consejo de administración de la misma se reunía, el presidente se dirigía a los socios llamándoles señores aventureros. Pero todo aquello era cosa de otra época, era algo que difícilmente se concebía hoy. Marten incluso dudó de que la compañía siguiera existiendo realmente.

Otra vez le abrumó aquella oscura sensación de pesadilla.

Pero era absurdo.

Intentó animarse pensando que esas cosas raras solían ocurrir en los lugares aislados, por mucho que éste perteneciera al perímetro de París. Encendieron los cigarros y fumaron lentamente.

Apenas cambiaron unas pocas palabras.

Marten miraba los ojos de Clemens.

Eran unos ojos brillantes, duros. Eran penetrantes, pero, sin embargo, no miraban a ningún sitio. Daba la sensación de que solamente miraban hacia dentro.

Por fin, cuando hubieron terminado los espesos cigarros, Clemens murmuró:

—Sigue diluviando, amigo. Supongo que estará usted mejor en la cama que aquí. Venga, le enseñaré su habitación.

Le precedió empleando una lámpara de aceite, como las de la época de las diligencias en que fue construida la casa. La habitación que mostró al abogado era limpia y tenía una cama hecha, aunque esa cama pareciera un panteón. A través de la única ventana se veía caer la tromba de agua que casi aplastaba los campos y las casas.

Marten parpadeó.

Él conocía muy bien la comarca. Por la situación de la ventana y la altura a que estaba, se tenían que ver desde allí las luces de la autopista. Y, sin embargo, no se veía nada. Aun contando con que las luces de mercurio estuvieran estropeadas a causa de la lluvia (cosa rara), hubiesen tenido que verse los faros de los coches. Pero nada; no se veía nada. ¿Qué infiernos había ocurrido? ¿Era que la autopista, de pronto, había desaparecido?

Oyó la voz de Clemens a su espalda.

Quizá era ridículo, pero Marten se estremeció.

Aquella voz dijo junto a su nuca:

—¿Qué le pasa? ¿Está mirando la lluvia? ¿O quizá trata de mirar algo más?

El joven no pudo contestar.

La puerta se cerró a su espalda.

Sólo en aquella especie de pozo de tinieblas, convencido de que se había metido en un extraño mundo en el que nada tenía sentido, Marten aguardó pacientemente durante casi media hora, hasta convencerse de que todo el mundo dormía en la casa.

Entonces salió silenciosamente de la habitación. Para eso había llegado hasta allí. Para adentrarse hasta el fondo en aquel abismo donde aguardaba, más allá de las sombras, algo que no parecía de este mundo.

CAPÍTULO IV

El pasillo.

Las tinieblas lo llenaban todo. A pesar de que había varias ventanas, no se distinguía nada a dos pasos. La lluvia seguía cayendo con fuerza, aunque ahora no de una forma tan violenta. Fuera de aquel ruido, el del aguacero, no se oía nada en toda la casa.

Marten avanzó palpando las paredes.

Naturalmente, no llevaba armas. No había venido allí en plan de enemigo, sino de investigador, para ayudar al propio Clemens y sobre todo a su hija, a la que acabarían sumiendo en un clima de locura. Pero la verdad era que, hasta que llegó a la casa, le había parecido que todo resultaría mucho más sencillo.

Había una serie de cosas que nunca imaginó encontrar.

La falta de luz eléctrica, de agua corriente.

El clima de la casa, que parecía haber retrocedido de pronto al que tuvo ciento cincuenta años atrás.

Todo eso desasosegaba a Marten, que, sin embargo, siguió avanzando. Descendió a la planta baja y siguió palpando las paredes.

Quería saber si Marten había empezado a perforarlas en busca del cadáver de su esposa…, en el caso de que ese cadáver existiera realmente.

En las habitaciones interiores de la planta baja ya no se oía ni el rumor de la lluvia.

El silencio era absoluto, cortado sólo a intervalos regulares por la respiración tranquila del joven.

Se deslizó por un largo pasillo.

Y, de pronto, sus dedos rozaron algo.

Era un hueco en la pared. Podía ser el principio de un túnel.

Marten se atrevió a sacar el pequeño lápiz-linterna que llevaba en uno de sus bolsillos y alumbró hacia allí. El disco de luz le mostró que, en efecto, alguien había estado perforando el muro. Ese alguien tenía que ser Clemens. Y lo que buscaba estaba bien claro.

Por supuesto, el cadáver de su mujer.

Debía estar seguro de que lo habían emparedado en la casa.

Casi había metro y medio perforado, lo cual representaba un trabajo ímprobo, pues el muro era de piedra. Pero había algo. Algo que hizo estremecer a Marten mientras le obligaba a ahogar un grito de angustia.

Balbució:

—Dios santo…

Había un cadáver allí. Había una momia que tenía más de un siglo.

CAPÍTULO V

La brusca respiración a su espalda le hizo volverse. Alguien jadeaba como si fuera a saltar sobre él. El disco de luz buscó ansiosamente aquella presencia enemiga.

De pronto los labios de Marten se crisparon.

—Clemens…

Pero estaba claro que Clemens no iba a saltar, no iba a atacarle. Solamente jadeaba porque estaba muy nervioso. Clavó sus ojos en el abogado, mientras movía la cabeza de un lado a otro con gestos negativos.

—No debió hacerlo —susurró—. Nunca debió hacerlo.

Marten tragó saliva, queriendo disculparse.

—Verá… Es que… Bueno, yo… ¡Resulta muy difícil decirlo, Clemens, maldita sea! ¡Pero le juro que lo único que quiero es ayudarle!

Clemens seguía haciendo gestos negativos con la cabeza,

—¿Ha venido sólo por eso, señor Marten? —preguntó—. ¿Todo estaba preparado?

—¿De qué sirve negarlo? —dijo, tristemente, Marten—. Sí, sería innoble mentirle ahora, después de que usted me ha ofrecido hospitalidad. Todo esto es una cochina maniobra, Clemens, lo reconozco, pero insisto en que sólo quiero ayudarle. Sabía que empezaría a perforar los muros de la casa.

El ex presidiario se encogió de hombros. Su actitud era más bien pacífica. Hubiérase dicho que él también tenía miedo.

—Estoy en mi derecho, Marten —dijo—, y usted lo sabe mejor que nadie. La casa es mía porque la heredé de mis antepasados y puedo hacer en sus muros lo que me dé la gana.

—No, no creo que tenga derecho, Clemens. Mejor dicho, no lo tiene de ninguna manera.

—¿Y por qué no? ¿Pero qué dice?…

—Va a volver loca a una pobre chiquilla. El clima de horror y de pesadilla que va a imponer en esta casa no tiene nombre. Por ejemplo, ¿ha visto Danielle este cadáver?

—No, aún no.

—Pero podría verlo, ¿verdad?

—Procuraré que eso no ocurra.

—¿A quién pertenecía esta momia, Clemens? ¿De dónde ha salido?

—Usted sabe que dos pobres sirvientas de esta casa fueron perseguidas por brujería hace siglo y medio.

—Sí, recuerdo que me lo dijo.

—Claro… Y le dije también que esa época había significado un retorno de Francia a las más oscuras tradiciones de su pasado, cuando todos los sueños de gloria que habían nacido con la Gran Revolución se hundieron de golpe. Pues bien, aquellas

dos pobres mujeres desaparecieron. Jamás se supo lo que había ocurrido con ellas. Al menos mi abuelo ni lo recordaba. Algo parecido a lo que está sucediendo con mi mujer, ¿comprende? Está bien, ya lo ve usted; al cabo de más de ciento cincuenta años se desvela el enigma. Hago unas perforaciones, basándome en la relativa juventud de un muro con relación a los otros, y aquí tiene la respuesta: una de esas pobres mujeres fue emparedada viva por sus perseguidores, por los fanáticos. Supongo que la otra no andará muy lejos.

A Marten le costaba respirar, como si todo aquel ambiente estuviera maldito.

Tenía centenares de preguntas en su cerebro, pero hizo una que le permitiera reflexionar, una que le permitiera calmarse un poco.

—¿Cómo entiende usted tanto de muros, Clemens? ¿Cómo sabe las partes que son más recientes que otras?

—Amigo mío, no me haga reír. He estado seis años en la Santé, una de las más viejas prisiones de Francia, un edificio con muros…, ¡con muros centenarios! En sitios así siempre hay auténticos expertos que preparan fugas, y una fuga casi siempre representa un túnel. Si usted supiera la de cosas que uno oye hablar en un sitio así, se llevaría las manos a la cabeza. Ni los ingenieros de minas entienden tanto.

—Comprendo… Ya me hago cargo de que mi pregunta le habrá parecido ridícula, pero no conocía ese ambiente por dentro.

—Mejor que no llegue a conocerlo jamás.

—Clemens… —el abogado suspiró como si sintiera un enorme cansancio—. Clemens, se lo ruego… Su hija es muy joven aún para enfrentarse a este insoportable ambiente de horror. ¿Cómo podrá vivir en una casa en que sabe que hay momias sepultadas? ¿Cómo lo tolerará su pobre cerebro? Usted quiere que aparezca el cadáver de su esposa para demostrar de algún modo que no la mató, y yo lo comprendo muy bien. ¿Quiere que le repita que siento lo mismo que usted? También quiero ayudarle. Quiero demostrar su inocencia porque me siento responsable de la condena que le impusieron injustamente. Pero no a este precio, Clemens. ¡No a este precio!

El dueño de la casa dijo sombríamente:

—Mi mujer tiene que estar aquí. Alguien la mató y ocultó aquí su cadáver. El hecho de que no haya aparecido aún, a lo largo de seis años, indica que tengo razón.

—Clemens… Óigame bien, amigo. ¡Hay personas que desaparecen y jamás se vuelve a saber de ellas! ¿Por qué Suzanne había de ser una excepción?

—A lo largo de seis años, si están muertas, aparece su cadáver por algún sitio.

—¿Y… si están vivas?

Marten hizo aquella pregunta sin darse cuenta. En realidad, pensó que no tenía importancia, pero de pronto la pregunta volvió a su cerebro y pareció rebotar en él. «¿Y si están vivas?». ¡Dios santo! ¿Pero había pensado alguien en eso? ¿Se le había ocurrido a alguien que Suzanne, después de todo, pudiera estar viva aún?

Clemens sacudió la cabeza. Aquellas palabras parecían haber producido también

un efecto demoledor en él. Pero al fin se inclinó y dijo, suavemente:

—Si están vivas acaban dejando algún rastro. Pero ése no es el caso de Suzanne, amigo mío, de modo que seguiré buscando. Y ahora no investigue más, puesto que sabe que no tiene ningún derecho. Vuelva a su habitación. Yo procuraré que mi hija no vea esto. Ah… Y duerma tranquilo.

Marten dirigió una última mirada a la momia.

Pedazos de piel sobre el hueso. Algunos cabellos pegados al cráneo. Las órbitas espantosamente vacías, mirando desde el fondo de la Historia. Y sus ropas casi intactas, unas ropas que parecían haber sido estrenadas sólo unos meses antes.

Como si la momia fuera a moverse con ellas.

El joven susurró:

—¿Dormir tranquilo? ¿Sabe lo que ha dicho?…

—No corre ningún peligro, y supongo que usted no se impresiona por los muertos. Si la gente fuera así, los obispos no podrían entrar en sus catedrales. Todas las paredes están tapizadas de esqueletos.

—Lo comprendo. Y no es eso lo que me intranquiliza, Clemens. Es… el ambiente.

—No piense más en él. Por favor, váyase.

Él apretó los labios.

Fue a obedecer.

Y de pronto, se volvió con un gesto brusco.

—Señor Clemens…

—¿Qué?

—¿Sabe que pasa una cosa absurda?

—¿Una cosa absurda? ¿Cuál?

—Le defendí en el juicio y, sin embargo, aún no he visto ningún retrato de su mujer. Es posible que hubiera alguno en el sumario, pero no lo recuerdo.

—¿A qué viene eso ahora?

—Llámelo simple curiosidad si usted quiere. Pero ya que la estamos buscando, me gustaría saber qué cara tiene.

—¿Por qué ha dicho tiene, como si pensara que vive aún?

Marten se mordió el labio inferior.

¿Lo había pensado o simplemente había hablado así sin darse cuenta, de una forma puramente mecánica?

—Perdone —dijo—. He querido decir la cara que tenía.

—No hay inconveniente. Siempre llevo un retrato de Suzanne en mi cartera. Mire.

Y se lo mostró. Era una foto de seis por nueve, en primer plano, que resultaba casi perfecta. El rostro de Suzanne se apreciaba magníficamente bien. Había sido una mujer bellísima. Una mujer que sin duda, en su época, enloqueció a los hombres.

Incluso aquella pequeña cicatriz en la mejilla izquierda le daba personalidad.

Marten susurró:

—Es curioso. Nunca había visto una cicatriz que resultara tan graciosa. Casi diría que tan perfecta…

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA VIDA, SEGUNDA MUERTE

CAPÍTULO VI

La mujer se miró las manos bajo la luz concentrada de la pantalla, mientras hacía un gesto de pesadumbre. Pensó lo que ya había pensado otras veces antes de ahora: que era una verdadera lástima. Se le estaban estropeando, y eso le resultaba difícilmente tolerable. No en vano sus manos habían figurado —y figuraban aún— entre las más bonitas de Francia.

De pronto, las retiró vivamente.

Había oído aquella voz a su espalda.

—Jacqueline…

Jacqueline se volvió. Estaba tan nerviosa, que poco le faltó para lanzar un débil grito. Sólo cuando vio a la luz de la pantalla la cara agradable de su compañera Rachel se calmó un poco.

—¿Pero qué te pasa? —musitó Rachel—. ¿Estás nerviosa? ¿Te he asustado?

—No, no… Perdona. ¡Qué tonta soy! Es que creí que estaba sola en el laboratorio.

—Pues vas a estarlo dentro de muy poco. Yo me marcho.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—Parece mentira ¡Cómo se me ha pasado el tiempo!… En fin, vete. Yo quiero terminar el informe para mañana.

—¿Necesitas algo?

—No, nada, gracias.

—Eres la jefe de grupo más complaciente que he tenido, Jacqueline —dijo Rachel, riendo—. Y si trabajas tanto te van a ascender a director general. Pero, oye…, ¿qué te pasaba con tus manos?

—¿Con mis manos? Nada…

—Las mirabas de una forma extraña.

Jacqueline se alzó de hombros y se las volvió a mirar tristemente, ya sin disimulos.

—Es que se me están estropeando. Aunque una quiera tener cuidado, a veces se mancha con los productos químicos. Aquí manejamos cosas que lesionan la piel. Pero, en fin, ya tendré más cuidado.

—Vale la pena, Jacqueline. Tus manos son perfectas. Tienen la piel más bonita que he visto jamás.

—Sí… Reconozco que al menos la piel es perfecta. Por eso me sabe tan mal que se estropeen. Hala, Rachel, a terminar, que ya es tu hora. Buenas noches.

La otra se despidió y Jacqueline, al quedar sola, dejó que sus ojos pasearan por el laboratorio una mirada de cansancio.

Llevaba ya casi diez horas seguidas allí.

Era demasiado para una mujer y bonita como ella, una mujer que aún no llegaba a

los treinta años.

Pero le gustaba su trabajo y además quería progresar en aquella empresa de cosméticos de la que ya era jefe de grupo. Tenía a sus órdenes un grupo de jóvenes licenciadas en Química, como la que acababa de marcharse unos minutos antes. Dentro de un año —decían— la harían jefe de sección. Todo eso podía ser una tontería, según como se mirase, porque en aquel trabajo estaba dejando lo mejor de su vida. Pero a ella le gustaba.

Muchas veces se lo habían preguntado: «¿Por qué no te has casado? ¿Por qué no tienes novio? ¿Por qué no sales al menos con hombres?».

Jacqueline nunca contestaba.

Ella tenía en su vida un secreto.

Un pequeño secreto, según como se mirase. Incluso sin ninguna importancia. Pero a ella no le hubiera gustado hablarle de él a un hombre.

Se quitó la bata blanca y apareció bajo ella su magnífica anatomía de mujer en plena sazón, de mujer potente, esbelta, hecha para el amor. Llevaba además ropas excitantes, ropas que hubieran gustado a los hombres, pero ella no lo sabía. No pensaba en los hombres apenas nunca.

Fue hacia los contiguos vestuarios, que estaban vacíos e iluminados por una especie de luz irreal. Ya no quedaba nadie en los laboratorios a aquella hora. Como allí no había dinero y no se temía ningún atraco, era ella misma la que por las noches cerraba la puerta.

Fue a vestirse.

No llevaba encima más que un par de prendas íntimas, los zapatos y las medias.

Abrió su armario.

Y en aquel momento ocurrió. Fue tan rápido que no tuvo tiempo de darse cuenta. No pudo gritar siquiera. Dos manos poderosas sujetaron sus brazos y tiraron de ellos hacia atrás.

Las manos quedaron unidas a su espalda, sobre las torneadas nalgas.

Y entonces ocurrió aquella segunda cosa increíble. ¡Se las inmovilizaron! ¡Le pusieron unas esposas!

Jacqueline estaba tan asombrada, que ni siquiera gritó.

Además sabía que era inútil.

Estaba sola en el laboratorio. Por mucho que se desgañitase, por mucho que destrozara su garganta, los gritos no llegarían a ninguna parte en aquel sector deshabitado de Montrouge, donde se estaba instalando un sórdido suburbio industrial.

Pensó que la cosa estaba clara: iban a ultrajarla.

Iban a abusar de ella.

Por eso lo primero que habían hecho era inmovilizarle, cobardemente, las manos a la espalda.

Un sentimiento de ciego terror, de asco, de náuseas, la dominó. Pero sin embargo, al volver la cabeza, notó que aquel sentimiento era sustituido por otro mucho más

inquietante: porque la dominaron el miedo y el pasmo.

El hombre que estaba tras ella llevaba una capucha negra. Él también vestía enteramente de negro, de modo que su aspecto era el de una auténtica visión de aquelarre. Sólo tres orificios daban una extraña e inquietante vida a sus ojos y a su boca.

Jacqueline sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

En aquella posición, tal como estaba, era muy vulnerable. Su terror se desató y empezó a chillar, a chillar locamente, mientras sentía que las manos de aquel hombre se disponían a acariciar sus formas.

Pero pronto se dio cuenta de que…, de que no era así.

No iba a ultrajarla.

Estaba…, ¡estaba besando sus manos!

¡Las besaba ansiosamente!

¡Como si en ello le fuera la vida!

¡Y no hacía nada más!

Jacqueline tuvo un espasmo.

¿Por qué fue justamente aquello lo que la llenó de terror? ¿Por qué supo entonces y sólo entonces, que se enfrentaba a algo sobrenatural?

Balbució:

—Noooo…

Y en ese momento su cerebro dio con la clave. En el fondo… ¡era tan sencillo! ¿No le bastaba, para adivinarlo, hurgar simplemente en sus recuerdos?

Y aquellos recuerdos le trajeron el nombre.

—U… usted —balbució.

Nunca debió haberlo dicho.

Se dio entonces cuenta instintivamente de que aquello le costaría la vida. Se dio cuenta de que nunca debió haber demostrado que sabía el nombre de la persona que estaba a su espalda.

Los labios dejaron de besarle las manos.

Los ojos la miraron de una forma inquietante.

Viscosa.

Eran unos ojos profundos, abismales, en los que palpitaba el odio.

—No…, ¡no hablaré! —gimió Jacqueline—. ¡Se lo juro! ¡No hablaré! ¡Hágame lo que quiera! ¡Bese mis manos! ¡Mis manos al fin y al cabo son suyas! ¡Por Dios, no me mire así! ¡No se lo diré a nadie! ¡No! ¡Noooo…!

Fue su último grito.

El grito perdido inútilmente en los solares vacíos, en las paredes grises de aquel suburbio industrial de Montrouge.

Las tijeras, aquellas enormes tijeras de laboratorio, se clavaron dos veces entre sus riñones. Brotó un chorro de sangre.

Jacqueline cayó de rodillas.

Apenas pudo lanzar un gemido.

Estaba aterrorizada.

La ahogaba su propio miedo.

El dolor, además, era insoportable. Pensó que, por desgracia, iba a tardar demasiado en morir.

Pero no fue así.

Las puntas de las tijeras se hundieron entonces en su nuca. La apuntillaron como a una res. Jacqueline cayó de bruces sobre las frías baldosas mientras de entre sus labios escapaba un hilo de sangre.

Lo último que notó fue que, increíblemente, aún seguían acariciando sus manos.

Y lo último que pudo balbucir fue:

—Noooo…

CAPÍTULO VII

¡Cómo se movía la condenada! ¡Qué líneas tenía! ¡Qué curvas más audaces! ¡Y cómo las resaltaba a cada paso que daba la muy maldita! ¡Cómo sabía que gustaba a los hombres!

¡Lo que haría con ella!

Hummm…

Todos estos caritativos pensamientos pasaron en secreto por la mente del sargento Floriot, encargado de una sección de los archivos de la Sureté Nationale, mientras veía avanzar hacia él a aquella ninfa.

Pero en seguida, a estos entusiasmados pensamientos, se unió otro infinitamente triste: «Lástima. Viene con un pajarraco».

El pajarraco era un hombre alto y atlético, mucho más esbelto e interesante, desde luego, que el bajito, calvo y cachondete sargento Floriot. Pero Floriot no tenía la culpa de ser así, y si no, que se lo preguntaran a su madre.

La ninfa dijo:

—Buenos días, sargento Floriot. Soy Marta Louvier, del cuerpo de forenses.

—¿Usted se dedica a… a tratar con muertos?

—Oh, no… Quiero decir que no trato con ellos directamente. No soy médico forense. Llevo una especie de control administrativo, pero tengo título oficial.

—Comprendo.

—Éste es el abogado señor Marten, mi jefe. Porque también trabajo con él, ¿sabe? Tengo dos empleos, quizá porque los dos me gustan. Traigo una nota del señor Albert, el jefe general de los archivos, para que me permita ver unas cosas. Léala, por favor.

Floriot la leyó. Era una nota en regla. En seguida se puso a disposición de la damisela para todo lo que quisiese, incluso para lavarle la ropa.

—Hace seis años desapareció una mujer casada llamada Suzanne Clemens, vecina del municipio de Pantin —dijo el abogado—. Edad: treinta y cuatro años. No se ha sabido nada más de ella, e imagino que todos los cadáveres de personas no reclamadas habrán sido debidamente controlados. Pero, sin embargo, me gustaría ver los ficheros por si se diera el caso de que estuviera entre ellos.

—¿La conocía? ¿Recuerda usted su cara?

—Sí. Hace poco vi un retrato suyo.

—Deme más datos. Por ejemplo, la estatura.

—Si no me equivoco, era de un metro setenta.

Floriot fue hacia una sección determinada de sus monumentales archivos.

—Síganme. Si es una de las mujeres halladas muertas en los últimos seis años y que nadie ha identificado, la encontraremos en seguida. De esa edad y estatura no hay más allá de cincuenta.

Abrió un cajón metálico con más o menos cincuenta fichas. Les señaló una mesa

para que pudieran trabajar, y él tomó posiciones para ver bien a la chica, rezando al diablo para que ella se sentara donde él quería.

Ni que la chica lo hubiera adivinado.

Le sonrió.

Y se sentó donde él quería, cruzando además las piernas.

Mientras Floriot se sumergía en una especie de yoga, donde no había más que docenas de piernas, todas iguales a las de Marta Louvier, ésta y Marten examinaron las fichas. Como el abogado había supuesto, la gestión resultó infructuosa.

—Había que hacerla, pero no confiaba en ella —suspiró—. En fin, ya está.

—No es ninguna de ésas, ¿verdad?

—Ninguna.

—Pero Jean…, ¿has podido llegar a pensar por un momento que aún estuviese viva?

—Si he venido aquí es porque pensaba que está muerta —dijo él, esquivando la respuesta.

—Sé sincero y háblame con claridad. ¿Piensas que puede estar viva?

—No sé… ¡Todo esto resulta tan increíble, tan extraño! Y yo diría que el mismo Clemens no rechazaba del todo la idea. En el fondo tiene esa ilusión secreta.

La muchacha entornó los párpados.

—La amaba mucho, ¿verdad?

—Yo creo que más que a su propia vida. Si tenían disputas era por celos, por rabiosos celos. Ésa fue la causa de que se separaran un tiempo y ella se fuese a vivir a un hotel.

—¿Qué dijo Clemens en el juicio? ¿Que la fue a buscar a la fuerza al hotel, dejaron a la hija en la casa de Pantin, se fueron los dos solos a discutir y luego se separaron?

—Sí. Y Clemens juró que a partir de ese momento no la había visto más.

—¿Crees realmente que no acabó con ella?

—Yo creo en su inocencia —susurró Marten—; de lo contrario no estaría perdiendo el tiempo aquí, tratando de ayudarle, con el trabajo que tengo. Pero al mismo tiempo todo es tan extraño que necesito controlar hasta el último rincón de mis pensamientos para encontrar un resquicio que me permita dar con la clave. No niego que Clemens pudo matar a su esposa, pero insisto en que no lo creo. De lo contrario no haría lo que hace, tratando de encontrar el cadáver.

—¿Y si fuera una comedia? ¿Y si con eso tratara de desorientarte a ti o a la policía?

—¿Por qué? ¿Qué ganaría con ello? Ya está en libertad provisional. Si fuera el culpable, haría lo contrario de lo que está haciendo: procuraría no meter ruido sobre el asunto.

—Pues entonces, ¿qué pretende?

—No lo sé… En cierto modo la respuesta está clara: busca el cadáver de su

esposa porque cree que alguien lo emparedó allí, y porque imagina que hallándolo, demostrará su inocencia. Pero al mismo tiempo ocurre algo extraño. Es… es incomprensible —y Marten se estremeció un momento, como si sus propios pensamientos le turbaran—. Uno va por París y sabe que vive en esta época, en el tumultuoso año de 1973, que ofrece grandes progresos, pero que es tan desagradable en muchos aspectos. Todo es normal. Llega en coche hasta el Relais du Postillon y todo sigue siendo normal.

Pero una vez allí el mundo se pone a girar al revés. Es como si uno hubiera entrado por una boca del túnel del tiempo, saliendo por la otra boca… ¡que le sitúa a uno al final de las guerras napoleónicas! No he visto los cordones de la luz que me parecía haber visto antes. Ni el pulsador del timbre. Ni las conducciones del agua corriente, que estoy seguro de que existían. De pronto, dentro de aquella casa, el tiempo ha retrocedido ciento cincuenta años por arte de magia. Y cuando yo noté todo eso, no estaba soñando; te juro que no. Me fijaba en todos los detalles. Para que no faltase nada…, apareció una momia en uno de los muros. Mi trabajo me costó convencer a Clemens para que no se complicara la vida y la emparedase otra vez. Todo aquello era tan asombroso, parecía incluso tan sobrenatural que todavía no he conseguido entenderlo.

Marten hablaba en voz muy baja mientras Marta Louvier, muy cerca de él, le escuchaba atentamente. Había llegado a olvidarse incluso de que el sargento Floriot estaba pendiente de sus piernas. Bueno, ¿y qué? Si aquella noche el sargento no podía dormir, tanto peor para él.

—Hay en nuestro mundo cosas que todavía no entendemos —añadió Marten pesarosamente—. Hay fuerzas que no controlamos. Por mi gusto no volvería más a aquella casa, y sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué?

—El asunto me obsesiona tanto que sé que no podré dejarlo ya jamás. Por eso quiero saber si puedo encontrar el rastro del cadáver de Suzanne Clemens. Ése será el único modo de librarme de mis pesadillas.

—Tiene que estar en alguna parte…

—Sí, por supuesto, porque hacer que un cadáver desaparezca totalmente es más difícil de lo que la gente cree. Por lo menos es difícil en la zona de París. No se puede arrojarlo al río, aunque sea atado a una piedra, porque los ríos son dragados regularmente y hubiera aparecido en estos seis años. No se le puede descuartizar, porque los cuerpos descuartizados siempre aparecen también, sea en una alcantarilla o sea en una maleta. No se le puede enterrar en un lugar oculto porque todas las propiedades están muy repartidas por aquí y no hay lo que se dice, campos abandonados. En cuanto sacas un pie del camino, o te rodean los obreros de una fábrica o te sale un perro que te ladra. La posibilidad para ocultar el cadáver estaba en emparedarlo en uno de los enormes muros de la casa de Clemens, pero éste los está perforando, de modo que tiene que aparecer… a menos que Suzanne esté viva.

La muchacha se estremeció.

No supo por qué le daba tanto miedo aquello.

Era absurdo.

Pero lo sentía.

«A menos que Suzanne esté viva».

Era un pensamiento que le helaba la sangre en las venas.

—¿De veras crees que puede estarlo? —musitó.

—Ya no sé qué pensar.

—¿Cómo era Suzanne? Tú dices que viste su retrato…

Marten no contestó. Tomó un papel de los que había sobre la mesa y se puso a dibujar. Era un buen fisonomista y un buen dibujante que, además, en los años difíciles, se había ganado la vida haciendo retratos para los turistas en la cima de Montmartre. Por lo tanto, pudo trazar de memoria una semblanza muy aproximada de Suzanne. Conforme los trazos iban tomando naturalidad, un cierto rictus de asombro iba apareciendo en los labios de Marta Louvier.

—¿Era tan bonita? —susurró—. ¿O es que la has sacado favorecida?

—Me he limitado a reproducir lo que recuerdo de ella. En la foto que Clemens me enseñó era muy bonita.

—Es curioso… Incluso la favorece esa pequeña cicatriz en la mejilla izquierda.

—Sí. Es un detalle que le da personalidad.

—También me contaron algo más de ella… —dijo Marta, pensativamente—. Ah, sí, ya recuerdo. Hubo un momento en que sus manos fueron consideradas como las más bonitas de Francia por su maravillosa piel. Lo leí en una vieja revista. Una casa de cosméticos organizó un concurso y ella se presentó. Ganó ampliamente a las dos docenas largas de concursantes. Pero, en fin, todo eso es historia…

Y se puso en pie.

Para el sargento Floriot fue como si se cortara la cinta de una película que le estaba obsesionando desde el principio. Ahogó una maldición y cambió de postura pesarosamente.

Marten le sonrió.

—Lo siento, pero no hemos encontrado nada. Lamento las molestias, sargento Floriot, y muchas gracias por su colaboración.

—De nada… Ha sido un placer. No sabe usted bien lo que disfruto yo con estas visitas, amigo.

Y miró con envidia cómo la chica se alejaba, hundiéndose con su acompañante en los embotellamientos de tráfico de la Rué des Archives.

Allí fue donde encontraron al doctor Zirgo. El doctor Zirgo era uno de los jefes de Marta Louvier, y desde su coche le hizo un amable gesto preguntándole si iban a salir y desaparcar su vehículo. Ella asintió sonriendo para indicarle que la plaza quedaría libre.

Mientras maniobraban, Zirgo preguntó desde la ventanilla:

—¿Podrá ser puntual esta tarde, Marta? Tenemos mucho trabajo.

—Oh, sí, doctor… Perdone, no sé si conoce a Jean Marten, abogado. Por las mañanas trabajo para él.

Los dos hombres se hicieron un amable saludo desde las ventanillas. Luego los coches se separaron.

—Es un buen hombre —dijo Marta Louvier, pensativamente—; no sé cómo tiene tanta paciencia conmigo. Confieso que desde que este maldito asunto empezó, ando desorientada y no rindo en el trabajo.

Marten rió.

—Quizá tiene paciencia porque se ha enamorado de ti —dijo.

—Oh, no lo creo. Al doctor Zirgo no le he sorprendido jamás poniendo los ojos en una mujer.

—¿Ni en ti?

—Ni en mí.

—¿Ni en tus piernas?

—¡Descarado!

Los dos rieron de nuevo mientras Marta, que era la que conducía, rodaba a buena velocidad hacia los Campos Elíseos. Conducía ella por dos motivos: porque el coche de Marten aún estaba en el taller (después del entusiasmo puesto por la policía en estropearlo) y porque Marten no podía conducir estando junto a ella. El muy maldito, en lugar de mirar los semáforos, siempre le miraba las rodillas.

—Se ha hecho tarde —dijo él—. ¿Puedo invitarte a comer antes de que vuelvas a tu trabajo?

—¡Pues claro que sí! Sobre todo si tú pagas.

Los dos ocuparon una mesa en un restaurante de la Avenue Hoche y trataron de explicarse chistes mientras comían. Todo en torno suyo era normal, animado, moderno. Ya no estaban metidos en el maldito túnel del tiempo, ya no les rodeaba ninguna sensación de magia.

Pero, sin embargo, los pensamientos zumbaban en la mente de Marten. No le dejaban vivir. Eran como moscardones locos que a ratos descansaban, pero que luego, de pronto, se ponían a volar furiosamente.

Extrajo una libretita de notas.

—He copiado algunos datos del sumario —susurró—. Suzanne Clemens llevaba en el momento de desaparecer, un vestido de punto gris que era una de las primeras creaciones de la casa Rodier. Una combinación azul. Un portaligas del mismo color. Medias grises y zapatos negros.

—¿Por qué has apuntado todo eso?

—No sé… Quizá las ropas me den alguna pista.

Marta buscó su mano a través de la mesa. Tenía los ojos nublados. Estaba inquieta y no trataba de disimularlo. Temblaban sus dedos.

—Por favor, Jean… Olvídalo. Te lo suplico.

—Yo bien quisiera olvidarlo, pero no puedo. Durante seis años ese crimen ha sido una obsesión para mí. ¡Y si al menos ahora la actitud de Clemens fuese normal!… Pero no lo es. Parece un caso de brujería.

Dejó sobre la mesa el importe de la nota y se puso en pie. Ella le imitó. Salieron para encontrarse envueltos de nuevo en el intenso tráfico que iba hacia L'Etoile.

En la Avenue Kleber se separaron. Marta fue a su trabajo en los laboratorios forenses y Marten se dirigió a su apartamento de la pequeña rue Paul Valery, antes de volver al despacho. Tenía que recoger allí una serie de documentos que le interesaban para aquella tarde.

Los estaba reuniendo cuando el timbre sonó.

El joven hizo un leve gesto de sorpresa al abrir la puerta.

Apenas nadie le visitaba en su domicilio privado. ¿Quién podía ser ahora?

Vio en el umbral a un argelino inexpresivo, un tipo mostachudo y de mirada algo perdida que parecía haberse pasado la vida fumando grifa en la Kasbah. Llevaba un paquete cuidadosamente envuelto.

—Tintorería Letouche —dijo, mientras tendía el paquete con una mano y con la otra buscaba la propina.

—¿Tintorería Letouche?… Yo no soy cliente de esa casa. Debe haber un error —dijo Marten.

—Pues aquí está el nombre de usted, bien claro. Yo me limito a traer lo que me mandan. Puede que sea un objeto de propaganda.

Marten se encogió de hombros, dio una propina y aceptó el paquete. Sí, podía ser propaganda, aunque era raro que las tintorerías la hiciesen. Dejó el paquete sobre una butaca, siguió trabajando y sólo cuando iba a salir se acordó nuevamente de él.

Lo deshizo con desgana.

Y de pronto sus dedos temblaron.

Igual que sus labios.

Igual que sus párpados.

Porque lo que tenía entre sus manos era un vestido femenino de punto gris. Un vestido que llevaba bien clara la etiqueta: «Rodier».

Marten sintió que se quedaba sin saliva en la boca.

¿Era posible?…

¿Podía ser que en sus manos tuviera… el vestido que Suzanne llevaba el día que desapareció?

CAPÍTULO VIII

Tintorería Letouche.

Bueno, al menos la dirección estaba clara: 8 del boulevard Lannes, cerca de la Plaza de Colombia. Todas las angustiosas dudas de Marten podían resolverse en un momento yendo hacia allí.

Fue a pie porque supuso que ganaría tiempo. Atravesó la plaza. Y vio en el número ocho un viejo edificio que estaba siendo derruido.

Marten se detuvo.

Otra vez la boca seca.

Otra vez aquella angustiosa sensación de que acababa de entrar en el túnel del tiempo.

Casi enfrente estaba la tienda de un anticuario. Marten entró sintiendo que cada vez pisaba terreno menos firme.

—Perdone, amigo —preguntó—. ¿Sabe si han trasladado la tintorería Letouche?

—¿Qué dice?

—Si han trasladado la tintorería Letouche. Si está, por ejemplo, en otro número de esta misma calle.

—Hace al menos cinco años que esa tintorería no existe —gruñó el anticuario—. Se ve que no conoce usted el barrio. Y no ha sido trasladada a ningún sitio porque cerraron del todo. El dueño murió.

Marten entornó los párpados.

De nuevo el túnel del tiempo, de nuevo aquella increíble sensación de que había vuelto atrás.

—Gracias —musitó—. Y perdone.

Atravesó la calle y se situó ante el viejo establecimiento. Tenía un aire modernista y *démodée* como el de las entradas de las estaciones del Metro de París. Los escaparates estaban rotos y unas cuantas tablas cerraban la entrada. En torno a la tienda, el edificio entero estaba siendo demolido, de manera que sólo el esqueleto del mismo quedaba en pie.

Pero Marten decidió seguir hasta el fin. Era muy posible que alguien hubiera empleado viejo papel de la tintorería para envolver el paquete; a continuación habría dado una propina al argelino para que se lo llevase. ¿Con qué objeto? Evidentemente, con el de atraerle allí, con el de hacerle entrar en el viejo caserón, lo cual indicaba que dentro de él le esperaba un peligro.

Sin embargo, el joven no vaciló. Quienquiera que fuese, sabía mucho acerca de la muerte de Suzanne Clemens, o sea que le interesaba encontrarle. Lo demás importaba muy poco.

Pasó a través de los tablones que obstruían la entrada, pero que no lograron cortar del todo el paso a un cuerpo ágil como el suyo. Se encontró sumido en las sombras de lo que había sido una vetusta tienda, la cual aún conservaba los mostradores y unos

lúgubres percheros cubiertos por cortinas. En el interior, entre aquella penumbra, entre aquel silencio, se había detenido el tiempo.

Marten avanzó poco a poco.

Sólo oía el leve susurro de su respiración.

Más allá había un par de puertas sostenidas por puntales de madera, para que el edificio no acabara de derrumbarse. Y un viejo espejo ovalado, un espejo del pasado siglo. De una lámpara de mil cristalitos colgantes aún pendía una bombilla que parecía despedir una luz remota. Pero la luz no surgía de ella, sino del reflejo de un casi milagroso rayo del sol poniente, que llegaba hasta su superficie.

Marten se miró en el espejo.

Vio su propia silueta negra.

Y le pareció ver también el silencio.

Y las sombras quietas.

¡Y aquella masa negra que venía hacia él!

Fue todo tan repentino, tan violento que no tuvo tiempo de reaccionar. De pronto el cuchillo voló hacia él, en silencio, impecablemente lanzado. La puntería fue también tan perfecta, que le alcanzó de lleno.

Sólo a una especie de milagro debió Marten el seguir con vida.

Y aquel milagro consistió en el paquete con el vestido, que aún llevaba en las manos. El cuchillo que había de matarle se hundió en él y no llegó hasta su piel. No le causó la menor herida. La pieza de tela que seis años antes había pertenecido a Suzanne Clemens le salvó a él.

Marten entonces reaccionó.

No perdió un segundo.

Dejó caer el paquete y se lanzó hacia la figura encapuchada que había surgido de entre la penumbra. Ahora Marten se daba cuenta de que aquello era una trampa mortal, pero no sintió el menor miedo. El aspecto de pesadilla que tenía aquella figura encapuchada tampoco le impresionó. Disparó brutalmente su puño derecho pensando que un buen gancho haría más trabajo que todos sus pensamientos.

Pero tuvo la extraña sensación de haber atravesado una muralla de aire.

No supo si la figura negra le había esquivado. O era que tal vez no existía.

Lo cierto fue que el puñetazo se perdió en el vacío. Marten vaciló un momento, a causa de su propio impulso. Y entonces vio… ¡Vio la zarpa!

Por un momento aquello le pareció tan inhumano que tuvo la sensación de estar soñando. Era una especie de zarpa de oso terminada en unas uñas aceradas y firmes. Si le alcanzaban el cuello le destrozarían la garganta como si se la hubieran segado con un alfanje.

Logró girar sobre sus pies y estrellarse contra la pared. Todo el edificio pareció temblar a causa del impacto, pero él no sufrió daño alguno. O al menos no sufrió el daño peor, que era quedar con la garganta segada. Por lo demás hubo de reconocer que durante una semana le iban a doler todos los huesos.

Cayó de rodillas a causa del golpe, lanzó una maldición y se puso en pie. Pero cuando tendió la mirada hacia delante vio que la figura negra ya había desaparecido. Del siniestro encapuchado no quedaba ni una leve sombra.

Todo volvía a estar en silencio en torno suyo.

Todo tenía de nuevo aquel aire entre siniestro y melancólico de los edificios que ya no volverán a existir.

Marten respiró hondamente y buscó en torno suyo. No tardó en descubrir que detrás de lo que había sido la tienda comenzaba un solar lleno de cascotes que permitía la huida a cualquiera, y desde luego se la habría permitido al encapuchado. En el caso de que aquel encapuchado no fuera un fantasma auténtico al que le bastara con hundirse entre las sombras y ser tragado por ellas. Porque Marten había de reconocer que, pese a intentarlo, no había podido tocarle ni una sola vez.

Guardó el cuchillo con el que habían estado a punto de matarle, recogió el paquete con el vestido y salió de allí por el mismo sitio que había empleado para entrar.

El anticuario estaba quieto en la acera, mirándole fijamente. Llevaba un bonete que le daba un cierto y curioso aspecto de personaje de Dickens.

—¿Qué, amigo? —susurró—. ¿No me ha creído? ¿Ha querido asegurarse de que la tintorería estaba cerrada? ¿Pero por qué la gente ha de ser así? ¿Por qué nadie cree a nadie?

Y añadió:

—Habría que creer más en lo que las personas decimos. Habría que tener más confianza.

Marten se puso un cigarrillo en los labios con gestos inseguros mientras susurraba:

—Amigo mío, le ofrezco un jarrón lacado, auténtico, de la dinastía Ming por doscientos francos.

—No me lo creo —dijo rápidamente el anticuario.

—¿Lo ve? ¿Ve como en este mundo nadie puede hacer caso de nadie?

Y se marchó tan tranquilo. Bueno, tan tranquilo en algunos aspectos. En otros sentía que una duda terrible le corroía por dentro.

CAPÍTULO IX

La casa seguía estando tan oscura, tan silenciosa como en noches anteriores, cuando Marten se sorprendió de que de ella hubiera desaparecido la luz eléctrica. La puerta estaba cerrada sólidamente y Marten tuvo que llamar con varios aldabonazos. Cuando Clemens le abrió, otra vez apareció la luz difusa de los troncos en la chimenea, otra vez le recibió aquel ambiente casi irreal por el que parecían no haber pasado los años.

Clemens susurró:

—¿A qué viene, Marten? ¿Por qué no me deja buscar tranquilo?

—¿Es que sigue buscando?

—¿Y eso qué le importa?

—Perdone, pero quiero hablar con usted. Es necesario que lo haga.

—¿Qué pretende?

Marten se sentó junto al fuego porque empezaba a hacer frío. Además allí, junto a las brasas, desaparecía aquella sensación de irrealidad que le dominaba. Miró fijamente a Clemens y susurró:

—Necesito llevarme a su hija de aquí. Le ruego que la deje salir conmigo.

—¿Llevarse a Danielle? ¿Y por qué?

—Lo hago en su exclusivo interés. Temo que la pobre muchacha se vuelva loca.

—No diga tonterías, Marten. No sé a qué viene eso. ¿Con quién estará Danielle mejor que con su padre?

—Si su padre se dedica a buscar cadáveres por las paredes, Danielle no estará bien. Acabará lanzando chillidos de terror por las noches.

—¿Qué pretende decir?

—Pretendo decir que es usted un obsesionado, Clemens. Ya sé que es difícil olvidar lo que ocurrió, pero convendría que lo hiciese. Al fin y al cabo está ya en libertad provisional. Si se porta bien, nadie volverá a molestarle por aquel maldito asunto.

—¿Y usted, Marten? ¿Por qué no lo olvida usted? ¿Ha sido capaz de hacerlo?

—Bueno, mi caso… es distinto —dijo el abogado, mordiéndose los labios—. Fracasé profesionalmente con usted y eso me ha avergonzado durante seis años. Me gustaría rehabilitarle, lograr que usted fuese un hombre honrado a los ojos de todos. Pero no tendría inconveniente en olvidarme de este asunto si se olvidara usted. Creo que, en realidad, ganaríamos todos.

Marten meneó la cabeza con pesadumbre. Sus manos temblaban junto al fuego. Marten se dio cuenta de que su mirada era un poco como la de los drogados: lejana y perdida.

—No puedo —dijo lentamente el ex presidiario—. Le juro que no puedo. Amé demasiado a mi mujer para consentir que las cosas queden como están. No quiero tampoco que mi hija tenga motivos para creer que soy un asesino.

—Ella no lo cree —insistió Marten—. Al contrario, le aprecia más de lo que

usted piensa.

—No insista, Marten… Quiero averiguar lo ocurrido y estoy seguro de que lo averiguaré en cuanto descubra el cadáver de Suzanne.

—¿Y si lo descubre… podrá soportarlo?

Las manos de Clemens temblaron.

Dijo con un soplo de voz:

—No lo sé, pero al menos estoy seguro de que descubriré a la persona que la mató.

—¿Sospecha de alguien?

—¿Y de quién voy a sospechar? —preguntó tristemente Clemens.

—Pero al menos debe imaginar algo… Seguro que hay cosas que desde el principio han rodado por su cabeza.

—Tal vez… Lo único que sé es que la noche en que discutí con Suzanne, la noche en que realmente ella desapareció, se apagaron todas las luces de esta casa.

—Pero entonces, ¿había luz eléctrica?

—Sí.

—¿Y ahora no la hay?

—No.

Marten cada vez lo entendía menos. Era como un caso de brujería. Era como si cada vez que entraba en aquella casa le transportaran ciento cincuenta años atrás.

¿Podía tratarse de un fenómeno de sugestión? ¿O de hipnotismo? ¿No se daba el caso de algunas personas que, al entrar en según qué ambientes, se sentían transportadas a otra época?

Pero decidió olvidarse de todo eso y de todas aquellas sensaciones de pesadilla para preguntar:

—¿Qué significado tiene eso de que se apagaron todas las luces? ¿Hubo un corte de fluido?

—No. Yo más bien imagino que fue… algo siniestro. Algo que no tiene sentido.

—¿Ha seguido buscando, Clemens? ¿Ha seguido hurgando en las paredes de esta condenada casa?

Él no contestó. Tomó una de las lámparas de aceite y le hizo una seña para que le acompañara. Entonces Marten se dio cuenta de que, fuera del vestíbulo y la habitación de Danielle, todas las paredes que podían ofrecer sospecha, habían sido removidas. Sencillamente, Clemens había estado trabajando como un loco. Y tal vez lo fuese. Dentro de uno de los muros había aparecido la segunda momia.

Su aspecto era estremecedor.

Mirándola, se dio cuenta Marten de que si Danielle veía aquello, quedaría marcada para siempre.

—Ocúltela —suplicó—. Ocúltela, por Dios, y no vuelva a pensar en ella.

—Iba a hacerlo. No quiero que Danielle la vea.

—¿Se da cuenta de que ya no encontrará jamás el cadáver de su mujer, Clemens?

Lo ha removido ya todo: ha descubierto incluso dos momias que tienen siglo y medio. Pero de Suzanne ni rastro. En esta casa no está, Clemens. Pierda la esperanza.

El otro había hundido la cabeza.

Estaba tan nervioso que sufría una especie de tic en la mejilla izquierda. Sus dedos volvían a temblar.

—Pues entonces —bisbiseó—. ¿Dónde puede estar? ¿Dónde?

Marten tuvo otra vez aquella sensación de frío en la espina dorsal. Se sintió dominado otra vez por aquella sensación inextricable, increíble.

—¿Y si viviera, Clemens? —se atrevió a preguntar—. ¿Y si verdaderamente no estuviese muerta?

TERCERA PARTE

TERCERA VIDA, TERCERA MUERTE

CAPÍTULO X

La señorita Bernier cruzó la calle y se introdujo en el sombrío edificio de la rue de Picpus. La vieja calle va desde el boulevard Voltaire a la rue Doumesnil y atraviesa una de las más históricas zonas de París, en el Barrio de la Bastilla. En ella se encuentra el vetusto edificio del Lycée Doumesnil, donde antaño recibieron educación algunos políticos ilustres. Hoy el colegio es exclusivamente femenino y lo pueblan unas doscientas muchachas internas cuya aspiración más urgente es acabar los estudios y largarse para siempre de allí.

La señorita Bernier enseñaba gimnasia. Procuraba hacer chicas esbeltas de las que seguramente dentro de unos años no serían más que tripudas matronas.

Ella no lo era.

Ella conservaba toda la gracia y toda la agilidad de una bailarina de ballet.

Como dormía en el mismo colegio, se dirigió como todas las noches al gimnasio, a fin de preparar las clases para la mañana siguiente. Era muy meticulosa y quería que todas las pesas, todas las barras, todas las cuerdas y aros, estuvieran en su sitio. A la luz de la luna que penetraba por los ventanales, fue siguiendo el silencioso rito de todas las noches, poniendo las cosas en orden para que al día siguiente nada se encontrara a faltar.

A lo lejos se oía un aparato de televisión. Venía del comedor de profesores, donde aún debía haber alguien. Había momentos en que la señorita Bernier distinguía incluso con precisión las palabras; otros momentos en que captaba apenas un murmullo.

Sabía que no dependía del aparato, sino que dependía de ella. La señorita Bernier, de bien aprovechados treinta años, oía muy bien con el oído izquierdo, pero apenas nada con el derecho. Y es que el oído derecho de la señorita Bernier tenía su historia.

Se lo acarició.

Fue un movimiento maquinal, suave, mientras su mano izquierda ponía bien una pequeña pesa.

Y de pronto aquella pesa cayó al suelo.

Los dedos de la hermosa mujer la habían soltado.

En el primer momento no supo por qué. Había sido una cosa maquinal, instintiva. Luego comprendió cuál era la razón.

Aquella especie de suspiro junto a ella.

Aquel aliento caliente que se aproximaba, tras su espalda, a la oreja derecha.

La señorita Bernier quedó quieta.

Espantosamente rígida.

Nunca hubiese imaginado que una cosa tan sencilla (y hasta en cierto modo tan sentimental) pudiera resultar tan siniestra.

Le faltaron fuerzas hasta para gritar.

Le estaba sucediendo una cosa increíble.

Unos dientes afilados y golosos le mordían la oreja derecha.

No hubiera sabido decir si era una caricia o una amenaza.

Si aquello terminaría en un beso, o en una dentellada mortal.

Lo cierto era que nunca había sentido nada semejante. Lo cierto era que el miedo llegaba en oleadas hasta el centro de sus nervios, inmovilizándola.

Los dientes hurgaban.

Penetraban en su piel.

El silencio la envolvía como un sudario.

Notaba también que unas manos ansiosas acariciaban su esbelto y turgente cuerpo.

Pero tuvo una extraña, una casi absurda sensación. Hay cosas que se adivinan y una no sabe bien por qué. Su instinto de mujer le dijo a Nadine Bernier que su cuerpo le importaba bien poco al increíble monstruo que tenía a su espalda. Le acariciaba un poco para desorientarla, para que ella creyese que buscaba un placer normal, cuando en realidad todas sus ansias, toda su voluntad secreta estaban en aquellos mordiscos leves, tenaces, golosos, con que se dedicaba a su oreja derecha.

Nadine se aferró a unas barras paralelas.

No podía más.

Sus piernas fallaban.

No se atrevía a volver la cabeza, pero al fin reunió sus energías y la giró un poco. Entonces vio la capucha negra. Vio aquel orificio por donde asomaba aquella boca ansiosa que la estaba mordiendo. Vio los ojos ardientes.

¿Qué le recordaban?

¿Dónde los había visto?

¿Qué era aquella mirada atroz? ¿Qué eran aquellos dientes?

¿Y por qué buscaban su… su oreja derecha?

¿Por qué tan sólo aquella parte insignificante de su cuerpo?

De pronto el estremecimiento de frío le llegó hasta los huesos.

De pronto lo recordó.

—¿Por qué hace esto? —musitó, con una extraña tranquilidad, procurando dominarse—. No hace falta que se cubra. Sé quién es. Si tenía ese capricho, ¿por qué no me lo ha pedido? Sabe que se lo hubiera dado. Ya cierta vez le concedí una cosa más importante.

Las manos se cerraron en torno a su cuello.

Pero fue con suavidad, casi con dulzura.

No había ningún peligro. Parecían simplemente acariciar su garganta.

La voz susurró a su espalda:

—¿Es cierto que vas a casarte?

—Sí.

—¿Y otra persona podrá hacer… lo que yo he hecho?

—Naturalmente. Será mi marido. ¿Pero qué tiene de extraño? Ahora yo soy una

chica normal, ¿no? Y mi marido también será un hombre normal. ¿Cree usted que se dedicará a morderme una oreja?

Las manos la sujetaron con más fuerza.

Nadine Bernier se dio cuenta de que su ritmo había cambiado. De que ahora ya no acariciaban, sino que poseían. Bruscamente tuvo miedo, un miedo que le llegó hasta las entrañas.

—Pero…, pero haré lo que usted quiera —susurró—. Podrá morderme cuanto le plazca… Aquí…, aquí mismo si quiere. ¡Hágalo! No me opondré, se lo juro. Al fin y al cabo la oreja es suya… Pero no haga nada más… No me odie porque voy a casarme. No me odie… ¡No me odie!

Sus últimas palabras fueron ya casi un grito, pero un grito que no atravesó los espesos muros del colegio.

Las manos se cerraban en torno a su cuello con satánica fuerza.

Las rodillas de Nadine se doblaban.

Y no era sólo eso.

Una de las cuerdas por las que trepaban las alumnas se estaba arrollando en torno a su cuello. Las manos habían formado con ella un lazo implacable.

El lazo la ahogaba.

Se cerraba en torno a su garganta con una fuerza inhumana.

De la boca de Nadine escapó un gorgoteo.

Las manos siguieron apretando.

Y entonces Nadine Bernier, en los espasmos de la agonía, se dio cuenta de algo asombroso, de algo que no tenía sentido pero que fue la última sensación que ella se llevó de este mundo.

Los ojos situados tras ella… ¡lloraban!

¡Incluso de aquella boca había brotado un gemido!

Nadine quedó colgada de la cuerda.

Ya no se dio cuenta de nada más.

Su cuerpo, su hermoso cuerpo que tanto había gustado a los hombres, quedó colgando como un pobre despojo.

La figura encapuchada se alejó lentamente.

La luz de las estrellas, penetrando por las ventanas, daba en la cara de Nadine.

En su oreja derecha.

Aquella luz sideral envolvió también a la capucha negra.

Y luego se hizo un silencio espantoso, total, un silencio que estaba más allá de la muerte.

CAPÍTULO XI

El doctor Zirgo encendió un cigarrillo y miró sin demasiado interés las piernas de Marta Louvier. Era uno de los poquísimos hombres de París que no ponía atención en ellas, lo cual resultaba de verdad sorprendente. Porque las piernas de Marta Louvier, esbeltas, largas, torneadas, más bien llenitas, eran casi lo mejor de su espléndida anatomía. Al doctor Zirgo, un hombre que al fin y al cabo sólo tenía unos cuarenta y ocho años, hubieran debido llamarle la atención por fuerza.

Pero sólo les dirigió una mirada superficial, como siempre.

Luego susurró:

—Es tarde, señorita Louvier. Más vale que se marche a casa.

—Aún queda trabajo por hacer…

—Oh, no se preocupe. Como jefe de esta sección de la Morgue la autorizo a que se vaya con su prometido y disfrute un poco de la vida. Era su prometido aquel joven con quien iba en el coche cuando me dejaron la plaza del aparcamiento, ¿verdad?

—Sí… Bueno, es decir… Se trata de un cabeza dura que no acaba de declararse nunca, pero yo pienso que caerá —dijo Marta, con una leve carcajada—. Es el abogado Jean Marten.

—Lo he oído nombrar. Hala, váyase.

—Doctor Zirgo… Tengo la sensación de que estos días he trabajado poco.

—¿Por qué piensa eso?

—He salido demasiado con Marten, me he distraído…

—No se preocupe. Usted ha cumplido bien. Además supongo que es que tiene otro trabajo.

—Ya lo sabe usted. Soy la secretaria de Marten.

—Desgraciadamente a todos nos gusta vivir bien y para eso vivimos mal —dijo el doctor Zirgo con una triste sonrisa—. Yo podría pasar con mi sueldo de jefe de esta sección de la Morgue, pero también necesito mis ingresos como cirujano. De todos modos, cada vez trabajo menos en eso. Mis manos no son las de antes.

Se las miró tristemente, como si pensara que en este mundo todo se acaba, y salió dejando en el cenicero los restos del cigarrillo.

Marta Louvier quedó sola.

En efecto, aún quedaba bastante trabajo por hacer.

La parte administrativa de un lugar como el depósito de cadáveres no es fácil de llevar, porque un error suele tener malas consecuencias. Y el trabajo abarca muchos aspectos, desde la sepultura que se da a los cadáveres hasta los nombres de las personas que los reclaman y su grado de parentesco, pasando por las ropas que llevaban los difuntos, objetos que son devueltos a los parientes, piezas que se archivan y piezas que son entregadas al juez. A veces es un lío.

La muchacha tuvo un momentáneo gesto de cansancio.

Se pasó una mano por los ojos, ahora que estaba sola. De repente, parecía haber

envejecido un poco, pero eso dotaba a su figura de una especial delicadeza. Se puso en pie, atravesó la puerta y de pronto se encontró en un mundo siniestro y hostil, un mundo que llegaba a helar la sangre.

No era sólo por la temperatura.

Y eso que la temperatura resultaba gélida en aquel sitio.

Era por el ambiente, era por la serie de suaves olores difícilmente descifrables, era por el silencio lúgubre en el cual resonaba con mil ecos el taconeo de sus zapatos.

Se detuvo ante un gigantesco armario metálico, en el cual había docenas de enormes cajones. Al lado de cada uno de ellos había un timbre. Del armario se desprendía un suave zumbido como el que emiten los refrigeradores.

En aquel armario, un letrero luminoso proclamaba: «Provisionalmente no reclamados».

La muchacha pulsó uno de los timbres.

El cajón se abrió automáticamente.

Dentro apareció el cadáver desnudo y helado de una mujer. Había sido joven y bonita, pero sus facciones aún no habían ganado la serenidad de la muerte, a pesar de los días transcurridos. Su fin debió ser muy angustioso. Aún tenía en el cuello las marcas de las manos que la habían estrangulado.

Marta Louvier miró la ficha.

Correspondía a una obrera que se dirigía a trabajar cada mañana, antes del amanecer, a las cercanías del Stade Renault. La habían encontrado muerta cerca de la vía férrea, y con señales que indicaban que trataron de abusar de ella. Nadie le había reclamado hasta entonces, quizá porque la mujer vivía sola.

Marta anotó en la ficha: «Sigue en espera otro mes».

Fue a cerrar.

Y de pronto se fijó en la cicatriz de su mejilla izquierda.

—Es curioso… —dijo—. Muy parecida a la que tenía Suzanne Clemens, la desaparecida. ¡También es casualidad!…

Cerró el cajón.

Anduvo unos pasos.

Abrió otro.

El cadáver que apareció ahora era el de una muchacha más joven y sin duda más bonita. Pero ésta aún tenía la boca crispada en una última mueca de horror, de incomprensión, como si hubiera muerto chillando.

No presentaba ninguna herida visible.

Pero Marta Louvier sabía que las verdaderas heridas estaban detrás. A aquella pobre muchacha, jefe de grupo en unos laboratorios, le habían clavado unas enormes tijeras en los riñones y después en la nuca. Cosa increíble, había aparecido además con las manos esposadas a la espalda.

Sus muñecas aún presentaban las erosiones que se produjo al tratar de liberarse. Debajo de aquellas erosiones mostraba quietas, yertas, unas manos de maravillosa

piel.

La muchacha pensó maquinalmente: «¡Qué bonitas!».

Luego anotó en la ficha: «Identificada y reclamada. Pasar a sección de disponibles».

Cerró.

El tercer cadáver al que dedicó su atención bajo la luz irreal que llenaba el depósito, fue el de una mujer que debió ser una verdadera atleta. Sus líneas eran fuertes, pero tenían la gracia de las de una bailarina. Tenía el cuello lleno de erosiones y hematomas porque la habían ahorcado con la cuerda de trepar de un gimnasio.

La muchacha parpadeó.

Vio que el cadáver presentaba unas marcas de dientes en la oreja derecha. La habían mordido. En el primer momento, aquello le pareció tan irreal que le produjo como una sensación de vértigo, a pesar de que el dato figuraba en la ficha.

Anotó: «Identificada y reclamada. Pasar a sección de disponibles».

Fue al cerrar aquel tercer cajón cuando se volvió de pronto.

Había tenido la brusca sensación de que alguien estaba a su espalda.

De su garganta escapó un gemido.

Y de pronto bisbiseó:

—¡Dios mío! ¡Qué susto me ha dado!…

El doctor Zirgo estaba allí. La miraba fijamente. Sus ojos glacuos y enormes parecían los de un pez.

Pero no se encontraba solo.

Junto a él había una persona que calmó del todo a Marta. Se encontraba el abogado Marten. Zirgo se lo señaló con una suave sonrisa.

—Lo he encontrado fuera esperándola a usted —dijo—, y como he imaginado que estaba aquí lo he acompañado para que no se perdiera. ¿Qué hacía usted, señorita Louvier? ¿Por qué no se ha ido?

—Verá… Es que quería completar unas fichas.

—¿Alguien ha reclamado esos cadáveres?

—Dos de ellos, sí. El otro no.

—Ya se ocupará mañana de eso. Ahora váyase. No es justo que haga esperar al señor Marten.

El joven le sonrió.

—Gracias, doctor Zirgo. Ha sido usted muy amable al acompañarme hasta aquí. Creo que de otro modo me hubiese perdido.

—No se preocupe. Estos son mis siniestros dominios, al fin y al cabo. Pero lo que me duele es que una muchacha tan bonita como Marta esté enterrada en ellos.

Se puso un cigarrillo entre los labios y se despidió con un gesto. Marta puso las fichas en un pequeño cajón anexo al armario refrigerador y sonrió disculpándose.

—No sabía que fueras a venir, Jean. Lo siento.

—Oh, el culpable soy yo, por no avisarte… He terminado una gestión antes de lo

que pensaba y se me ha ocurrido que sería una buena idea venir a recogerte aquí. He llegado a tiempo de ver el último cadáver. Impresionante, ¿no?

—Mucho.

—¿Cómo es posible que ahorcaran a una mujer de esa manera? ¿Y que le mordieran la oreja derecha? ¿Qué fantasmal mundo es éste?

—No lo sé, Jean. Hay momentos en que pienso que voy a volverme loca.

—Debes dejar este oficio, Marta. Debes dedicarte exclusivamente a mí. Ahora ya gano bastante dinero y puedo permitirme el lujo de tener una secretaria a jornada completa. Y eso como preparación antes de… de…

Ella contuvo la respiración. Pensó: «Ahora se declara. Ahora me dirá que como preparación antes de que sea su esposa».

Pero el tío se escabulló.

Dijo sin comprometerse:

—En fin, que me gustaría que aceptases. Y ahora vamos si no te importa, a ver al comisario Pascal.

Había subido a su coche, que por fin estaba reparado. Ella se sentó descuidadamente, con una audaz exhibición de muslos y susurró:

—¿Al comisario Pascal? ¿Para qué?

—Él fue uno de los primeros en ocuparse del caso de Suzanne Clemens. Se me ha ocurrido una cosa que quizá pueda ayudarnos. Ya verás de qué se trata.

Circularon por entre miles de coches hasta la rue des Francs Bourgeois donde Pascal tenía su estado mayor. Era un sitio relativamente tranquilo a aquella hora, cerca de los Archivos Nacionales y de la iglesia de Saint Denis du Saint Esprit. Pascal, un tipo tripudo, calvo y tan cachondete como el sargento Floriot, se quedó también boqueando al ver las líneas de la infrascrita, o sea la susodicha, o la interfecta si ustedes quieren. Es decir, la monumental señorita Louvier.

—¿Qué pasa? —musitó—. ¿Me la viene a traer como prueba de algún delito? ¡Me la quedo, me la quedo!

—Quisiera ver algo mientras usted mira a la señorita Louvier —dijo Marten—. Vaya una cosa por la otra, comisario. Sé que ustedes lo conservan todo, aunque los casos ya estén cerrados por sentencia firme.

—¿Qué caso quiere revisar?

—El de Suzanne Clemens.

—Ya está cerrado del todo. Y su marido, el culpable, salió en libertad provisional hace días.

—Sé que ustedes hicieron unos dibujos-robot a color, comisario. Sobre todo cuando un cuerpo no aparece ponen un especial interés en eso. ¿Puede mostrármelos?

Pascal se encogió de hombros. Buscó en un fichero y al fin acabó sacando una carpeta en la cual se guardaban unos dibujos a color y a gran plano que parecían los de una colección de modas. Marten no pudo evitar un estremecimiento al ver el primero de aquellos dibujos.

Era como si viese a Suzanne Clemens viva, tal como debía estar el día en que desapareció.

El dibujo era perfecto.

—Las líneas de la cara han sido obtenidas de un retrato —explicó Pascal—, y la descripción del vestido la dio su marido, que fue el último que la vio. De este dibujo hicimos copias que repartimos a todos los gendarmes de Francia, pero sin resultado alguno. Pero vea, vea…

Mostró otra cartulina.

Marten pestañeó:

Tuvo que pensar: «¡Menuda mujer!».

Era un pensamiento poco caritativo, puesto que seguramente Suzanne ya estaba muerta. Pero uno no podía evitar un sentimiento turbio al verla dibujada así, tan perfecta y a todo color, con sólo unas mínimas prendas y el liguero, zapatos y medias.

—Seguimos con la descripción del marido —dijo Pascal—. Él conocía muy bien la ropa interior que llevaba Suzanne en el momento de desaparecer. Nos dio detalles completos. Este dibujo-robot también lo hacemos, porque a veces los cadáveres aparecen sin vestido, con sólo las prendas íntimas. Especialmente ello ocurre en el caso de mujeres bonitas que son asaltadas por maníacos. Nos temimos que con Suzanne pudiera haber pasado eso.

Señaló el liguero.

—Por ejemplo, el portaligas —murmuró—. Era azul, pero con dos puntitos blancos y un pequeño roto, aquí. ¿Lo ves? Nos hubiera servido para identificarla muy bien. Desgraciadamente, ni ella ni el portaligas ni la madre que las crió han aparecido nunca.

Cerró la carpeta de golpe.

—¿Satisfecho, Marten?

—Más o menos.

—Pues al diablo.

Marten sabía que no iba a sacarle nada más. La condenada de Marta Louvier se había sentado muy modosita. Parecía mentira de que la tonta no se hubiera dado cuenta de que convenía distraer a Pascal hasta poder birlarle la carpeta.

Pero de todos modos ya había visto bastante.

Susurró:

—Gracias, comisario. Ojalá algún día pueda darle más noticias sobre este asunto.

—Usted lo que tiene que hacer es traer a su secretaria más por aquí. Hala, fuera.

Marten y la muchacha se separaron en el boulevard de L’Hopital, cerca de la Porte d’Italie. Marten no podía negar que estaba preocupado, obsesionado acaso. Circuló a poca velocidad hacia el Quai d’Austerlitz.

Y entonces, de pronto, fue cuando vio aquello.

Tuvo la sensación de que todo daba vueltas en torno suyo.

De que el tiempo había dejado de existir.

Porque entonces la vio a ella. Vio a Suzanne Clemens… ¡Vio a la muerta!

CAPÍTULO XII

Todo eso ocurrió muy cerca de la rue Buffon, junto a la bifurcación en que están los museos botánicos y el Jardin des Plantes. Un diminuto «R-5» se hallaba estacionado allí. De pronto la puerta se abrió y volvió a cerrarse.

Pero fue un movimiento lento, pausado, como para que Marten se diera cuenta de la exhibición fascinante que se le hacía desde el asiento. Porque la mujer que estaba al volante lucía unas magníficas piernas ceñidas por medias grises y las cuales le mostraba generosamente hasta el liguero…, ¡un liguero azul con dos puntitos blancos y un pequeño pedazo roto!

¡El de Suzanne!

En primer lugar ya llamó la atención a Marten que la chica no usara esos siniestros *panties* que lo tapan todo, pero pronto esa sensación digamos placentera fue sustituida por otra tenebrosa e inquietante. Porque tenía delante las prendas íntimas de la muerta, las prendas que acababa de ver dibujadas en el despacho de Pascal.

Y hasta la muchacha se parecía a Suzanne, lo cual le produjo aquella primera reacción brutal, aquella sensación de que estaba ante la propia desaparecida.

El «R-5» se despegó de la acera. Fue delante suyo hasta perderse en el tráfico del puente de Austerlitz.

Daba la sensación de que la conductora ni siquiera le había visto.

Pero Marten la hubiera seguido hasta el mismo infierno. Ahora ya no podía despegarse de ella. Casi tocando su parachoques posterior, sin tratar de disimular, fueron por la Avenue Ledru hasta la iglesia de Saint Antoine. Allí la muchacha estacionó su vehículo y fue a pie por la derecha, a lo largo de la rue de Charenton.

En aquel barrio abundan las viejas casas y los nostálgicos museos donde yace enterrado el glorioso pasado de París. Abundan también los patios interiores y laberínticos, los pasadizos, los callejones sin salida y los tejados decrépitos donde se persiguen los gatos.

La muchacha penetró tranquilamente por uno de aquellos callejones.

Ahora Marten la seguía a más distancia. No podía exponerse a que ella notara demasiado que la vigilaban. Quería saber hacia dónde se encaminaba ella, para lo cual tenía que dejarla obrar con naturalidad.

Ella abrió una puerta.

La puerta produjo un gemido casi humano.

Desapareció.

Marten vaciló unos instantes. Luego pensó que tenía que hacerlo, aunque eso no fuera muy legal. Penetró él también.

Cerró la puerta a su espalda.

Otra vez aquel gemido que parecía humano.

Los ojos del joven pasearon por el recinto.

Una mesa ya muy vieja.

Un diván.

Una pantalla.

Y junto a la pantalla, bañada por una luz rosada e irreal, estaba la cama. Era una cama ancha y confortable, sobre la cual…, sobre la cual se encontraba la chica.

Estaba de espaldas.

Con sus piernas torneadas y mórbidas.

Con sus medias grises y su liguero azul.

Se había subido el vestido hasta arriba.

Su postura no podía ser más sugestiva, más turbadora y perfecta.

Pero ningún pensamiento turbio pasó ahora por la mente del joven. La inquietud y la sorpresa podían más que todo eso. Se acercó a la mujer tendida de espaldas.

Vaciló un momento.

Y luego la rozó en un hombro.

—Oiga…, ¡por favor! ¡Oiga!

No obtuvo respuesta.

Extrañado, la tomó por un hombro y la hizo girar.

Sus labios temblaron.

Sintió que se le helaba la sangre.

Balbució:

—¡Dios santo!

¡Porque la muchacha estaba muerta! ¡Tenía un fino estilete clavado a la altura del corazón!…

* * *

¿Qué fue lo que previno a Jean Marten? ¿Su sexto sentido? ¿Sus oídos agudos de hombre acostumbrado a luchar?

Sólo un segundo de retraso hubiera resultado ya fatal para él. La sombra negra avanzó, llevando por delante un estilete como el que tenía clavado la muerta.

Marten se desvió en el último instante. La silueta negra pasó junto a él. Patinó junto a la cama.

Marten contuvo la respiración. Otra vez tuvo la sensación de enfrentarse a un fantasma, como cuando se enfrentó con él en aquella extraña tintorería Letouche, el establecimiento que ya no existía.

Pero la luz era ahora más intensa y pudo verla bien. Pudo ver la alta silueta negra y sobre todo la máscara, aquella máscara espectral que sólo dejaba tres orificios para los ojos y la boca.

Marten apretó salvajemente los labios.

Ahora estaba seguro de que no era un fantasma.

Fue a disparar su puño derecho, y en efecto envió un gancho alucinante a través

del aire. Pero nuevamente le acometió aquella sensación absurda de que se enfrentaba a algo irreal. ¡La sensación de que delante suyo no había nada!

¿Había esquivado el fantasma? ¿O quizá él hundió el puño sencillamente en el aire?

No tuvo tiempo para pensar.

El estilete volvía hacia él.

Marten saltó hacia atrás, chocó con la pared y resbaló junto a la cama. Recibió un golpe tan fuerte, que durante unas décimas de segundo su vista se nubló. Tuvo la sensación de que el fantasma aprovecharía ese momento para atravesarle.

Sin embargo, Marten estaba demasiado lejos de él. El monstruo tenía que bordear la cama antes de alcanzarle, lo cual significaba que el abogado tendría tiempo de recuperarse. Por eso se oyó un chasquido y la siniestra figura desapareció.

En cuestión de segundos había abierto y cerrado una puerta. Marten se incorporó pesadamente.

Aún estaba bajo los efectos de aquella sensación de pesadilla.

Abrió aquella puerta con precauciones, porque el estilete podía estar detrás, esperando a que él apareciera. Pero no fue así. Más allá de aquella puerta había un pasadizo sinuoso, uno de aquellos pasadizos vecinales del viejo barrio, que llegaban hasta la calle.

Comprendió que ya no alcanzaría nunca al monstruo.

Éste había elegido bien el sitio.

El joven avanzó como un borracho. Se dirigió hacia el «R-5», que estaba aparcado en el mismo sitio. Buscó con los ojos inútilmente, tratando de encontrar una pista.

Nada.

Lo único que sus ojos encontraron fue un bar con un mostrador agradable y con un dueño gordo y complaciente. Ya era algo.

Se atizó dos coñacs dobles, uno detrás de otro. Y eso que estaba bajo un cartel que decía: «Gracias, no bebo. Tengo que conducir».

CAPÍTULO XIII

—La muchacha ejercía la profesión más antigua del mundo —dijo el comisario Pascal, que era quien se había hecho cargo accidentalmente del caso—. Hacía la carrera por la zona del boulevard Saint Antoine, el boulevard Richard y la plaza de la Bastilla. En todos aquellos bares se la conocía bien. El «R-5» era suyo. Hemos comprobado que se lo regaló un amiguito.

Marten seguía teniendo la sensación de que flotaba entre las nubes de otro planeta.

Balbució:

—¿Un amiguito?…

—Oh, sí… Madeleine era una chica agradable y que se las sabía todas. ¿Que a un fulano le gustaba verla vestida de danzarina clásica? Pues ella se vestía de danzarina clásica. ¿Que le gustaba verla vestida de árbitro? Pues ella se vestía de árbitro. Tenía muchos amigos que la llamaban por teléfono. Era complaciente. El que la contrató debió decirle: «Ponte este portaligas y haz esto y esto»… Y ella se lo puso e hizo eso y eso.

—Aquella casa… ¿era suya?

—Sí. Era uno de los dos sitios que tenía para recibir a sus amistades. Por lo que me ha explicado, Marten, pensó sin duda atraerle a usted, pero no imaginaba que encontraría allí a la persona que la había contratado. Esa persona la liquidó en menos de diez segundos. Fue un golpe certero y exacto.

Marten seguía sintiendo una especie de náusea.

Susurró:

—Pero eso no acaba de tener sentido… ¿Por qué razón había de matarla?

—¡Qué pregunta! Está más claro que el agua, amigo mío. Por dos razones. Una: Necesitaba las manos libres para asesinarle a usted. La chica hubiera sido un estorbo total. En realidad todo eso estuvo maquinado para llevarle a usted a un sitio donde pudiera matarle.

Marten tragó saliva. La verdad era que aquellas palabras no contribuían precisamente a darle optimismo. Era peor que decirle que le habían subido los impuestos un cien por ciento.

—¿Y cuál es la otra razón? —musitó.

Pascal hizo crujir sus dedos.

—Razón dos: La chica reconocería al que le había contratado. No pudieron contratarla con la capucha puesta, claro. Tuvieron que darle una razón más o menos plausible: por ejemplo, que usted era un cliente que la cubriría de oro. El caso es que, después del crimen, Madeleine hubiera ligado las cosas, convirtiéndose en un testigo demasiado molesto. Ella era la única que sabía si la persona que la contrató era hombre o mujer.

Marten tuvo un estremecimiento.

—¿Mujer…? —balbució.

—¿Y por qué no? ¿No podría ser una mujer ese misterioso encapuchado?

El abogado se mordió el labio inferior.

—Por la estatura —dijo—, más bien parece un hombre.

—Hay mujeres muy altas —suspiró Pascal—. Y además, ¿ha visto usted sus suelas? ¿No podía llevarlas dobles?

—Es… es cierto. Pero sus hombros eran cuadrados y fuertes.

—¿No podía llevar hombreras falsas?

Otra vez aquel estremecimiento.

—Claro que sí —dijo—. Claro que sí…

—Parece que está usted más intranquilo cada vez, Marten —dijo Pascal, mirándole fijamente—. ¿Qué le ocurre? Algo de lo que hemos hablado le está sacando de quicio.

—Sí, comisario. Una cosa.

—¿Cuál?

—La posibilidad de que ese monstruo sea una mujer. No había querido pensarlo hasta ahora.

Y Marten cerró los ojos un momento.

No quería que nadie viera el brillo febril que había aparecido en ellos.

No quería que se notara su recóndito pálpito de miedo. Porque había algo más. Su pensamiento había ido más lejos. Y era el siguiente: aquella fantasmal mujer, ¿no podía ser Suzanne Clemens, la desaparecida?…

CUARTA PARTE

CUARTA VIDA, CUARTA MUERTE

CAPÍTULO XIV

La mujer andaba un poco dificultosamente debido a una lesión producida varios años atrás.

Con gestos algo imprecisos se dirigió a la ventanilla de pagos de la compañía de seguros y tendió una libretita. El empleado dijo con un gesto de mal humor perfectamente burocrático:

—Ya es tarde. Íbamos a cerrar.

La mujer sonrió. Sabía que todos los cajeros del mundo se desviven por cerrar las ventanillas y dejarle a uno con un palmo de narices. Por eso tenía paciencia.

—No he encontrado aparcamiento aquí cerca —dijo.

—Pues otra vez venga en el Metro. A ver…, ¿cuánto es?

—Quinientos francos, como siempre.

La mujer cobró y salió, hundiéndose en la niebla que aquella noche arrastraba el Sena. Ya no era tan bonita como antes, como cuando todos decían que era la dependienta más gentil de La Samaritaine, pero seguía teniendo una figura agraciada y atractiva, a pesar de haberse casado y tener ya un hijo de un año. Lástima de aquel pie tan terco que se negaba a obedecerla.

Por eso cobraba regularmente la indemnización.

Tiempo atrás, cuando los almacenes en que trabajaba se incendiaron, ella hubo de saltar desde un segundo piso y se rompió un pie por tres sitios. A pesar de todas las intervenciones, el accidente dejó en ella una secuela que la imposibilitaba para la vida normal.

Pero lo peor no había sido eso. Lo peor había sido lo de la pierna.

En fin, al menos eso ya estaba resuelto.

¿Para qué pensar más?

Atravesó la Place de la Nation y siguió por el Cours de Vicennes hacia la vieja puerta de París que lleva el mismo nombre. A la altura de la iglesia de la Concepción dobló en dirección a la Avenue de Saint Mande.

La niebla era más espesa cada vez.

Algunas noches de invierno, cuando el aire estaba quieto, había que reconocer que en los suburbios industriales la contaminación dejaba el aire convertido en una pasta pútrida.

Pero ya faltaba poco.

Ya estaba muy cerca de su casa.

Distinguía las luces del Hospital Trousseau, rodeado por una alta verja. Más allá estaba la vía férrea que cruza la rue du Docteur Metier, por la que ahora caminaba ella.

Aceleró el paso.

Todo estaba solitario y quieto.

Y además tenía la absurda sensación de que alguien la seguía.

«Tlac… Tlac… Tlac… Tlac…».

Eran unos pasos regulares y monótonos que iban detrás de los suyos.

La mujer intentó andar más aprisa, pero no pudo. El pie le fallaba; no podía apoyarlo bien. Mientras tanto, las pisadas se iban acercando más y más.

Ya estaba apenas a doscientos metros de su casa.

El hospital a la izquierda.

El callejón a la derecha.

¡Blam!

El golpe la hizo tambalearse. Fue tan fuerte que ni siquiera sintió dolor. Cayó de rodillas en el callejón mientras todo daba vueltas en torno suyo.

No entendía nada.

Pensaba que iban a robarla.

Miró hacia arriba.

Y entonces lo vio.

Aquella figura negra. Aquella máscara siniestra que cubría todo el rostro. Sólo tres orificios tenían vida en ella: los dos de los ojos que brillaban quietamente y el de la boca donde se movían unos labios ansiosos.

La mujer no se atrevió ni a chillar.

Estaba aterrorizada. Tenía tanto miedo, que no podía ni abrir la boca.

Una voz rechinante musitó:

—Estese quieta. No le va a ocurrir nada.

A ella le pareció reconocer aquella voz. A través del teléfono la había oído cinco a seis veces. Siempre le hacía unas proposiciones insultantes, unas ofertas que herían hasta el fondo su moral de mujer casada:

«Sólo le pido una hora. Le pagaré bien. No sea estúpida… Le aseguro que luego no se arrepentirá… Y su marido no tiene por qué saber nada».

Aquella voz, llamando regularmente, se había convertido en una auténtica pesadilla.

Hasta había pensado en llamar a la policía. Pero al fin lo dejó por inútil, ya que si su marido se enteraba aún iba a ser peor. Dios sabe las barbaridades que podía sospechar el muy cafre.

La mano la sujetó por los cabellos y le echó la cabeza hacia atrás. Así podía verla bien porque la mujer tenía la cara forzosamente alzada.

Pudo dominar un poco su miedo. Bisbiseó:

—¿Usted es el que… me llamaba?

—Sí.

—¿Qué quiere hacer? Le juro que si me toca chillaré. El hospital está cerca. Vendrán a ayudarme…

Se oyó una risita silenciosa y lenta.

—Si chilla la mataré, señora —dijo la voz, que sin embargo, había pronunciado la palabra «señora» con tono respetuoso—. Sus voces serán la señal de su muerte. ¿Y

cree que luego me encontrarán? ¿Piensa que alguien podrá perseguirme con esta niebla?

Ella comprendió que era verdad.

Estaba en manos de aquel monstruo. De aquel fantasma cuya visión le helaba la sangre.

—Sólo llevo encima quinientos francos… ¿Qué quiere de mí?

—¿Quinientos francos?… No es eso.

Unas manos ansiosas la palparon.

La mujer tuvo un miedo espantoso.

Pensó que iba a ser ultrajada.

¡Ella que ya no era guapa! ¡Ella que ya tenía un hijo de un año!

Bisbiseó:

—Por favor…

Pero en seguida notó una cosa anormal. Una cosa que no tenía apenas sentido.

Las manos elevaron su falda.

Ella llevaba medias panty.

Impacientes, frenéticas, las manos desgarraron un trozo. No le arrancaron las medias, como ella temía, para cometer un acto vandálico. Sólo le dejaron al descubierto un pedazo de muslo.

Un cierto pedazo de muslo.

Las manos ansiosas lo acariciaron.

Sólo aquello.

Unos labios glotones buscaron la suave piel.

La besaron dos veces.

Ella estaba lívida. Todo su cuerpo temblaba, mientras su cerebro nublado no enviaba a sus músculos ninguna reacción, ninguna orden. Estaba quieta como una muerta.

Pero cada uno de aquellos besos le producía como una descarga eléctrica.

La persona que la atacaba había perdido el dominio de sí misma. Acariciaba frenéticamente. Parecía hundida en una especie de nirvana misterioso y lleno de complejidades.

Y, de pronto, en el cerebro de la mujer se hizo la luz.

No sabía que a otras mujeres, en un instante trágico como aquél, les había ocurrido lo mismo. No sabía que tres mujeres, por esa sola y única razón, estaban ya muertas.

Cerró los ojos.

¡Era increíble!

¡Pero, sin embargo, estaba todo perfectamente claro! ¡Era la única explicación! ¡Tenía que ser aquello!

Susurró:

—Por favor… No me tenga aquí. Es ridículo lo que está sucediendo. Podemos

llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo?

La capucha se elevó. Los ojos brillantes parecieron atravesarla.

—Sí —dijo la mujer—. Pudo haberme aclarado que sólo quería eso… No es que lo comprenda, pero si no aspira a nada más… En fin, trataré de hacerme cargo. Pero, por Dios, no me tenga aquí de esta manera…

Una súbita sospecha brilló en aquellos ojos.

La boca se torció debajo de la capucha.

—¿Qué pasa? ¿Es que sabe quién soy?

—Claro que lo sé… Y le juro que no comprendo por qué lo hace. Pero trataré de ser complaciente. Al fin y al cabo, esto lo tengo porque usted quiso.

La luz de aquellos ojos se hizo más febril, más inquietante, más peligrosa.

De pronto, la mujer se dio cuenta de que se había equivocado.

¡De que acababa de decir justamente lo que no debió decir jamás!

Las manos dejaron su media desgarrada. Dejaron su pierna.

Entre los dedos brilló algo. Demasiado tarde se dio cuenta de que era un estilete. La pobre mujer nunca sabría que con aquel estilete había estado a punto de ser liquidado el abogado Marten.

Bisbiseó:

—Pero si casi podrían… o… oírme desde mi casa.

En su cerebro no penetraba la idea de que pudiera amenazarla un peligro tan cerca de su hogar. Tembló espasmódicamente.

Pero al menos, ella no sufrió.

El estilete se introdujo en su pecho con una precisión fría y científica. Llegó hasta el corazón en línea recta.

La víctima no pudo ni chillar.

Entre el silencio, entre la niebla, los dedos siguieron acariciando tristemente la piel, bordeando las líneas rotas de la media. Los ojos miraban fijamente hacia aquel sitio.

Pero ahora aquellos ojos eran distintos.

En ellos había tristeza.

En ellos flotaban las lágrimas.

CAPÍTULO XV

El coche atravesó el punto donde el letrero indicaba «Camino particular». Luego se detuvo al borde del antiguo Relais du Postilion, mientras otra vez, en el aire, volvía a flotar aquella sensación de misterio, aquella sensación de pasado que había vuelto.

Marten cerró un momento los ojos.

No lo entendía.

Cada vez que llegaba hasta allí le acometía la misma absurda sensación de que había vuelto atrás en el túnel del tiempo.

Descendió del vehículo y se dirigió hacia la casa. Una extraña sensación le oprimía. Hasta le costaba trabajo respirar aquel aire tan quieto.

Llamó con la aldaba.

Pero esta vez no le abrió Clemens. Esta vez le franqueó la entrada la joven Danielle.

Estaba muy bonita, aquella mañana.

Y tenía ya unas formas muy marcadas, la condenada. Lástima que tuviera aquella sonrisa perdida; lástima que su cerebro no diera para más.

Marten le estrechó la mano efusivamente.

—Hola —le dijo, con voz suave, como si hablara a una niña de seis años—. ¿No está tu padre?

—Ha salido a comprar unas cosas.

—¿A comprar qué?

—Cosas como éstas.

Indicó una pila de tubos que estaban amontonados a un lado de la casa. Era la primera vez que Marten se fijaba en ellos. Parecían tubos ligeros como los que se emplean en las instalaciones de aire acondicionado, aunque éstos tenían una longitud y una consistencia especiales.

—¿Para qué son?

—No lo sé —dijo Danielle—. Papá también me ha prometido que me traería un vestido.

Por lo visto, era eso lo único que importaba a la muchacha. Y podía decirse lo que se quisiera de Clemens, pero nunca que no adorara a su hija. Dentro de los modestos medios del ex presidiario, iba vestida como una reina.

Aunque en cambio Clemens gastaba dinero en… ¿en una instalación de refrigeración de aire? ¿Era posible?

Fingiendo que no reparaba en aquello, Marten siguió sonriendo.

—¿Puedo pasar, Danielle?

—Oh, claro que sí…

La luz del día le permitió al joven ver mucho mejor las cosas. Se dio cuenta entonces de que los hilos de la instalación eléctrica, que eran exteriores como todos los de las casas antiguas, habían sido arrancados. O sea, que él no sufrió una

alucinación cuando llegó aquella noche y no estuvo seguro de si la casa contaba con instalación eléctrica o no. Sencillamente, Clemens la había desviado, así como los tubos del agua. ¿Pero por qué?…

—¿Me dejas que vea las otras habitaciones? —preguntó a Danielle.

—Oh, sí…

Pasó al interior de la vieja posada. Se dio cuenta entonces de que muchas cosas habían cambiado en ella desde la última vez que estuvo allí.

Por ejemplo, ya no había agujeros en las paredes. Ya no estaban las dos momias. Clemens lo había tapado todo otra vez y había dado al conjunto una capa de pintura. Después de todo, era un detalle de buen gusto.

Al menos, Danielle no sufriría pesadillas.

Y eso indicaba también que Clemens había renunciado a la absurda idea de encontrar el cadáver de su mujer emparedado en la casa.

¿Renunciado?

¿Pero qué era aquello?

Marten hizo un gesto de asombro que no pudo disimular. Uno de los huecos en la pared, al fondo de la casa, no estaba tapado. Al contrario, era muy amplio. Hacia él confluían toda la instalación eléctrica y todos los tubos de conducción de agua. También se estaba instalando allí una red de tuberías que daba la sensación de pertenecer a un sistema de refrigeración.

Sin duda todo aquello lo montaba el propio Clemens, que antes de entrar en la prisión de la Santé había sido un hábil mecánico.

¿Pero por qué?…

Marten se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué hace aquí tu padre? —musitó.

—No lo sé.

—¿Trabaja él solo?

—Sí. Él solo.

El joven examinó con más interés las instalaciones. Sin duda, eran de un sistema de refrigeración que, al parecer, tendría gran potencia. Como para dejar a un hombre helado en una noche, vamos. Como Clemens necesitaba una buena cantidad de agua y toda la potencia de electricidad que daba la instalación de su casa, había desviado ambas cosas hacia aquel único recinto. No debía importarle que en el resto de la casa no hubiera luz ni agua corriente. Que no faltaran en aquel sitio donde trabajaba, era mucho más importante para él.

Pero otra vez flotaba la inquietante pregunta: ¿Por qué?

—¿Sabes qué ha ido a comprar tu padre? —preguntó a Danielle—. ¿No te lo ha dicho?

—Sí y no. Bueno, quiero decir que no me lo ha aclarado mucho. Creo que tenía encargada una puerta metálica.

—¿Para aquí?

—Sí.

Marten se mordió el labio inferior.

No cabía duda. Lo que tenía ante los ojos estaba destinado a ser una monumental nevera. Incluso se veía ya el tablero de mandos en el exterior, desde la cual podía conectarse o desconectarse la red de frío.

Quedaba trabajo sólo para dos o tres días.

Pero era un trabajo que no tenía sentido. Marten se pellizcó la mandíbula y salió al exterior de la casa.

Vio unas gruesas cortinas negras colgadas de las copas de los árboles.

Eso le hizo parpadear. Y eso le dio la clave de un fenómeno que en el primer momento le pareció inexplicable.

Aquella noche en que, desde la ventana, no vio las luces de la cercana autopista.

Sencillamente, las tapaban aquellas cortinas. Sin duda, Clemens las había colgado para que nadie pudiera fisgonearle a distancia. En especial la policía, si le vigilaba con prismáticos.

Con este casual descubrimiento quedaban aclarados para Marten los extraños fenómenos que aquella noche de pesadilla advirtió en la casa. En cuanto a la osamenta del caballo, podía haber sido abandonada allí por un grupo de gitanos. Era una cosa que sólo tenía relativa importancia.

¿Pero para qué quería Clemens todo aquello?

Siempre la misma e inquietante pregunta:

¿Había estado Clemens trabajando en las paredes sólo para encontrar el sitio que más conviniera a aquella extraña instalación? ¿Decía buscar el cadáver de su esposa cuando en realidad no buscaba nada, excepto un dato técnico, como, por ejemplo, la resistencia de los muros?

Marten, cada vez lo entendía menos.

Danielle le miraba sonriendo.

Maravillosa y dulce inocencia.

Unos ojos puros como los de aquella muchachita no descubrirían jamás los caminos tortuosos del mal.

—¿No tienes miedo de estar aquí sola? —preguntó.

—No, señor. ¿Por qué?

—Oh, por nada… ¿Sabes cuándo volverá tu padre?

—No, señor. No lo sé.

—Entonces ya volveré para verle. ¿De acuerdo? Pero no le digas que he estado aquí. Quiero darle una sorpresa.

—Está bien, señor.

Marten dio un cariñoso cachetito a Danielle en la mejilla, subió a su coche, pasó por encima de una zona pedregosa para no dejar las huellas de los neumáticos y se alejó velozmente.

Su cabeza zumbaba.

Estaba tan absorto que hasta había momentos en que se le nublaba la vista.
¿Qué significaba aquello? ¿Qué sentido tenía? ¿Por qué?
Demasiado sabía él que ninguna de aquellas preguntas tenía respuesta.
Demasiado sabía él que seguía acechando la muerte.
¿Pero dónde?

QUINTA PARTE

QUINTA VIDA, QUINTA MUERTE

CAPÍTULO XVI

La mujer sujetaba nerviosamente el teléfono. Sus cabellos teñidos estaban algo desvaídos aquella mañana. Se los acarició y ordenó con un gesto brusco.

—Está bien, está bien… —murmuró—. Lleva usted semanas llamándome y nunca le he hecho caso, pero ahora me coge en un mal momento. Quiero decir que un poco de dinero fresco no me perjudicaría, ¿entiende? ¿Me ha hablado usted de trescientos francos?

—Sí —dijo la voz—. Trescientos.

—Compréndalo… —dijo la mujer—. No me las doy de santa, pero tampoco estoy acostumbrada a eso… Confío, de todos modos, en que usted será un hombre discreto.

—Sé que usted es soltera —susurró la voz—. No tiene que rendir cuentas a nadie.

—¿Es que cree usted que todas las solteras van a ser unas zorras? —preguntó, bruscamente, la rubia teñida.

—Perdone. Le ruego que no me interprete mal.

La mujer sonrió complacida ante el tono cariñoso, casi servil, de la voz.

—Ya veo que es usted un caballero, ya veo… —murmuró—. Está bien, ya he anotado la dirección. ¿Dentro de media hora?

—Sí.

—Está lloviendo…

—Le pagaré aparte el taxi, no se preocupe.

—Hum…

Ella colgó.

Se miró en el espejo sus carnes ya no tan prietas como cinco años atrás, cuando hubiera podido ganar dinero largo enloqueciendo a los hombres. Pero ahora los hombres ya no la buscaban, si se exceptuaba a aquel chalado del teléfono, al que había estado dando calabazas durante un año porque no le gustaba salir con desconocidos. Pero, en fin, trescientos francos eran trescientos francos. Ya no le iban a quedar demasiadas oportunidades como ésa.

Se vistió y salió a la calle. Estaba lloviznando ligeramente, por lo que le costó encontrar un taxi. Ésa fue la causa de que llegara con algún retraso a la dirección que le habían dado, en el boulevard Bobillot, cerca de la rue Tolbiac y a un par de kilómetros del bonito parque de Montsouris.

Examinó la casa con ojo crítico, después de despedir al taxi.

Era de una sola planta.

Tenía facha de almacén.

Pero cualquier sitio es bueno durante media hora, cuando una ya va de capa caída y se ha propuesto ganarse trescientos francos.

Empujó la puerta y entró.

Vio una habitación oscura.

Era algo extraño.

Daba una gran sensación de profundidad y de misterio. No se sabía dónde estaban las paredes. Nadie hubiera podido decir dónde empezaba y dónde terminaba exactamente.

Ella avanzó.

—Eh… —llamó—. ¿Está usted aquí?

Silencio.

Su voz vibraba en las tinieblas. Al fondo parecieron titilar unos puntitos de luz.

Pero la mujer se dio cuenta de que eran sus ojos.

«Me estoy poniendo nerviosa… —pensó—. ¡Qué tontería! Me estoy poniendo nerviosa…».

Otra vez su voz le sonó rara entre las tinieblas.

—Eh… ¿Pero está usted ahí?

Al fin, la rubia teñida se encogió de hombros. Valiente cerdo el que la había llamado. Si era una broma o si quería jugar al escondite, se iba a quedar con un palmo de narices.

Giró hacia la puerta.

—¡Cabrito! —gritó—. ¡Me largo!

No era lo que se dice una chica fina.

Pero fue entonces, al girar hacia la puerta, cuando lo vio. Cuando vio la silueta alta y negra. Cuando distinguió aquella siniestra capucha por cuyos orificios la miraban aquellos ojos, y aquella boca parecía buscarla.

Sintió un espantoso frío que le iba desde la médula espinal hasta los pies.

Quiso gritar.

Y tampoco pudo. Vio aquella masa negra que avanzaba hacia ella. Sus rodillas temblaron.

Los ojos se fijaban en un solo punto de su anatomía. Se fijaban en su garganta. En el único punto de su cuerpo… ¡que no era enteramente suyo!

Los labios ávidos avanzaron hacia allí.

Brillaron unos dientes.

Y esos dientes se clavaron en aquella piel tersa, limpia, tan distinta de la que estaba a ambos lados del cuello, más oscura y más fláccida.

La mujer abrió la boca desesperadamente.

El horror había entrado hasta sus huesos.

Pero ahora el monstruo ya no perdió tiempo. Sabía que le acabarían reconociendo. Sabía que, de todos modos, aquello tenía que terminar con sangre. Hundió dos veces el estilete entre los riñones de la mujer mientras la abrazaba y volvía a besarla.

La sangre brotó.

Un gorgoteo gutural se extendió por el recinto.

Las tinieblas se tiñeron de rojo…

CAPÍTULO XVII

La muchacha avanzó sobre sus altos tacones, balanceando las caderas de una forma obsesionante. Había que ver cómo se movía aquella condenada de Marta Louvier. Una muchacha tan viva, tan bonita, tan selecta, en un depósito de cadáveres, era un contrasentido que hubiera dejado a cualquiera con la boca seca. Pero, sin embargo, Marta Louvier se movía con la mayor naturalidad allí. Al fin y al cabo, aquél era su mundo.

Llegó al extremo del armario.

Pulsó uno de los botones que abrían los cajones con los cadáveres. El botón no funcionó.

El enorme y siniestro cajón permaneció herméticamente cerrado.

Marta suspiró:

—En fin…

La voz atravesó la fría penumbra. Era una voz cortante, metálica, que parecía tener inflexiones especiales en aquel ambiente de otro mundo.

—¿Qué le pasa, señorita Louvier?

Ella se volvió, sobresaltada.

Por un instante, había tenido una absurda sensación.

Por un instante, había cruzado a través suyo el ramalazo del miedo.

—Oh, doctor Zirgo… ¿Usted aquí?

Los ojos vacíos y glaucos le miraban desde las sombras. Parecían los de un enorme pez. Los labios, en cambio, vibraban. Los labios estaban vivos y hasta daban la sensación de ansia.

—¿Qué hace en esta sección, señorita Louvier? —preguntó él, bruscamente—. No es la suya; es la de mis trabajos personales. ¿Por qué se ha metido aquí?

—Perdone, doctor Zirgo, pero me han ordenado hacer revisión.

—¿Revisión de qué?

—De instalaciones. Este cajón, por ejemplo, no funciona. Lleva al menos seis años sin poder abrirse. ¿Por qué no llama y hace que lo arreglen de una vez?

—¿Y usted qué sabe de si hace seis años, señorita Louvier? ¿Lo ha comprobado otras veces?

—Oh, si… Cuando entré a trabajar aquí ya no funcionaba. Pero, en fin, es cosa suya, doctor. ¿Aviso o no aviso?

—¡No avise! ¡Y salga de aquí! ¡Fuera! ¡FUERA!

Los ojos del médico se habían salido por un momento de sus órbitas. La muchacha estuvo a punto de chillar. De repente, le había parecido que hablaba con un desconocido, con una persona absolutamente distinta.

Zirgo se calmó poco a poco. Le señaló la puerta.

—Váyase.

—Doctor, no he querido ofenderle. Le ruego que me perdone.

—No hablemos más de eso. ¡Váyase!

Las hermosas piernas de la muchacha temblaron un momento.

Sentía una extraña debilidad.

Dio media vuelta y se alejó, volviendo a su sección.

Una vez allí, fue a la máquina automática y se sirvió un café doble. Quería calmarse, pero no podía. Le dominaba la absurda sensación de que acababa de hablar con una persona distinta, con un hombre que no era realmente el doctor Zirgo.

Terminó llevándose una mano a la frente.

Todos aquellos pensamientos eran ridículos.

Tenía que calmarse.

Calmarse… Calmarse…

Logró serenarse al fin y pensó que allí fuera el doctor Zirgo con sus manías. Ella ya tenía suficiente trabajo. Miró las fichas a comprobar y se dirigió hacia el primero de los enormes armarios frigoríficos.

Abrió el cajón marcado en la ficha.

Y de pronto pestañeó.

Era absurdo.

Pero… ¡el cajón estaba vacío!

¡Y allí tenía que encontrarse el cuerpo de la obrera que trabajaba cerca del Stade Renault! ¡La asesinada junto a la vía del tren!

¿Cómo era posible que aquel cuerpo no estuviera allí? ¡No lo había reclamado nadie!

Una súbita sospecha iluminó, de pronto, los ojos de Marta.

Abrió otro de los cajones.

Allí tenía que estar el cadáver de las manos finas, el de la muchacha que trabajaba en el laboratorio y que también fue asesinada…

Estaba reclamado, pero ella aún no había dado orden de sacarlo.

¡Y, sin embargo, el cajón estaba vacío!

¡El cuerpo había desaparecido!

Marta sintió que sudaba.

Y eso que allí hacía un frío mortal.

Le pareció que había atravesado, de pronto, las fronteras de otro mundo.

Abrió un tercer cajón.

El de la profesora de gimnasia con leves erosiones en la oreja.

¡Vacío!

¡No podía ser!

¡Y también lo estaban los de las últimas asesinadas que habían entrado allí! ¡Una ex dependienta de La Samaritaine, cuyo cuerpo había sido reclamado por el marido! ¡Y una rubia teñida, que aún no había tenido tiempo de ser reclamada por nadie!

Todo daba vueltas en el cerebro de la muchacha. Por un momento, tuvo la

horrible sensación de que iba a desmayarse y a caer en uno de aquellos siniestros cajones.

El vértigo la dominaba.

Dominando una náusea, abrió la ventana y respiró hondamente. La sensación de algo horrible, de algo que no podía comprender, la seguía dominando por completo. Tuvo que apoyarse en el alféizar, mientras seguía respirando con ansia.

Y entonces lo vio.

Era el doctor Zirgo, que atravesaba el lúgubre patio de la Morgue y tomaba su coche, estacionado allí. La muchacha se ocultó inmediatamente. De pronto, su corazón se había puesto a palpitar de una forma desacompasada, como una máquina loca.

Cerró.

Hubo de apoyarse en la pared.

Se sujetó el pecho porque el corazón le hacía daño. Sólo al cabo de unos minutos pudo serenarse.

Comprendió que necesitaba aprovechar la ocasión. Ahora el doctor Zirgo estaba fuera. Antes de que volviese, tenía que adentrarse en aquel mundo de horror. Tenía que descubrir lo que había en él. Penetrar en su secreto.

Sus nervios vibraban.

Caminó apoyándose en las paredes para no caer. La sensación de que el doctor Zirgo podía volver y sorprenderla la ahogaba. Para entrar en su sección empleó la llave que ella tenía, como la de todas las dependencias de aquel sector.

Captó el silencio.

Y respiró el aire quieto.

Sólo el levísimo runruneo del armario frigorífico rompía aquel marasmo.

La muchacha volvió a pulsar el botón de antes, pero seguía estropeado. Aunque ella estaba convencida ahora de que no estaba estropeado del todo. De que el doctor Zirgo podía hacerlo funcionar. Basándose en los conocimientos que ella tenía de aquel mecanismo, estuvo trabajando durante más de media hora.

Cada vez que oía pasos, parecía como si el corazón fuera a detenérsele.

La horrible tensión hacía que le doliese el pecho.

Al fin, el mecanismo funcionó.

Se abrió el cajón.

Y Marta Louvier tuvo que llevarse las manos a los ojos, con un violento espasmo, mientras ahogaba un chillido de horror.

Porque allí estaba, todavía conservado por el frío, el antiquísimo cadáver de una mujer.

Una mujer a la que le faltaba casi toda la piel. A la que le faltaban parte de las manos…, ¡a la que le faltaba la oreja derecha!

La muchacha cayó blandamente a tierra. No pudo resistirlo. En sus ojos vidriosos quedó, flotando como una nube, aquella primera visión del infierno.

CAPÍTULO XVIII

—¡Jean! ¡Por favor, Jean! ¡Óyeme! ¡Tienes que hacer algo, Jean! ¡Es terrible!

La voz de Marta temblaba tanto al otro lado del hilo, que Marten ni siquiera la entendió al principio. Era una voz desgarrada, una voz ansiosa, que parecía llegar del Más Allá.

Pero aquello último sí que lo entendió.

—¡Jean! ¡He descubierto el cadáver de Suzanne Clemens!

A él le quemó el auricular. Pegó un brinco en su asiento.

—Marta…, ¿pero qué dices?

—Me ha causado tanta impresión que hasta me he desmayado, Jean. Pero ya me estoy recuperando y lo primero que he hecho ha sido avisarte. Todo es tan fantástico, tan terrible, que no puedo creerlo.

—Marta, explícate, por Dios… ¿Quién tenía ese cadáver?

—El doctor Zirgo. Lo guardaba en un armario frigorífico de la sección en que trabaja. El cuerpo está allí desde que Suzanne fue asesinada. Por eso no había aparecido nunca.

Marten sintió un pinchazo en los nervios.

Apenas pudo barbotar:

—Continúa.

—¡Pero hay algo más horrible aún! ¡Le falta casi enteramente la piel! ¡Y en parte está descuartizado!

—¿Qué… qué dices? ¿Y adónde ha ido a parar esa piel?

—A esa pregunta también puedo contestarte, Jean. Lo he descubierto por casualidad al hacer una inspección rutinaria. ¡El doctor Zirgo se ha llevado los cinco cuerpos! ¡Seguramente lo ha hecho durante la noche!

—Pero…, ¿qué cuerpos?

—Por favor…, ¡entiende de una vez esta horrible verdad! Zirgo es un magnífico cirujano, especialista en injertos de piel. ¡Utilizó la piel de Suzanne, e incluso algunos de sus muslos y hasta el pabellón entero de la oreja derecha, para injertarlos en cuerpos de mujeres que habían sufrido accidentes! Esas mujeres… ¡han hecho en cierto modo resucitar a Suzanne! ¡Suzanne ha vivido a través de sus cuerpos! ¡Pero todas han muerto asesinadas! ¡Por lo visto Zirgo no ha podido resistir la tentación de acariciar de nuevo aquella piel, de hacerla otra vez suya, y todo ha acabado trágicamente! ¡Debió estar enamorado de Suzanne hasta la locura! ¡Seguro que era él de quién tenía celos Clemens!

A Marten seguía quemándole el auricular en la mano.

Las palabras de Marta Louvier no eran palabras, sino golpes brutales en su cráneo.

Un mundo siniestro se desvelaba ante él.

Un mundo incomprensible.

¡Pero, al fin y al cabo, también era un mundo donde las piezas empezaban a encajar!

Marta susurró:

—Yo tengo que huir de aquí porque corro peligro. Si Zirgo vuelve por casualidad, sé que me matará. Tienes que avisar a Clemens. ¡Hazlo cuanto antes! ¡Es ahora él quién corre peligro!

Marten apenas pudo decir:

—Por favor, ponte a salvo. Sal de ahí inmediatamente. Yo me ocuparé de todo lo demás.

Colgó y se puso en pie.

Tenía las facciones contraídas.

Le animaba ahora una fanática determinación. Sabía que estaba al final del camino y que nadie le detendría antes de alcanzar la meta.

Salió de su despacho y tomó el coche que tenía en un parking cercano. A toda velocidad, rodó hacia el viejo Relais du Postillon. ¡Claro que necesitaba avisar a Clemens! ¡Tenía que ponerle en guardia! ¡Él buscaba al verdadero asesino de su mujer, y Zirgo lo sabía! ¡Siendo Zirgo el auténtico asesino, le faltaría tiempo para eliminar a aquel perseguidor implacable!

Conducía frenéticamente.

No se dio cuenta de que se había pasado dos luces rojas.

Al fin se detuvo ante la vieja casa. Todo volvía a tener aquel aire quieto y muerto, aquel aire irreal, aquel ambiente del Más Allá.

Llamó con los nudillos bruscamente. No podía perder tiempo ni en emplear la aldaba.

—¡Clemens! ¡Abra si está ahí! ¡Por favor, abra!

Silencio.

Tuvo que volver a llamar. Por fin, Clemens le abrió. Parpadeó, dominado por la sorpresa.

—Pero, señor Marten…, ¿qué hace aquí?

—He venido a avisarle, Clemens.

—¿De qué?

—Corre peligro.

—¿Peligro en qué sentido?

—¡Por Dios, oiga bien esto! ¡Óigalo de una vez! ¡Sé quién es el asesino de su mujer! ¡Fue el doctor Zirgo!

Un latigazo en pleno rostro no hubiera causado más impresión en Clemens. Sus facciones se demudaron. Con voz que era apenas un murmullo, preguntó:

—¿Está borracho?

—¿Conocía su mujer a Zirgo? ¡Diga! ¿Lo conocía?

—Pues… pues sí. Durante un tiempo fuimos casi vecinos.

—¡Pues aquí tiene la explicación! ¡Él la mató! ¡Y ahora quiere matarle a usted,

estoy seguro! ¡Tiene que prepararse!

Clemens dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo. Se le notaba sin fuerzas. Hizo una seña con la cabeza para que el joven entrara.

—Pase, señor Marten —musitó—. Lo que usted me dice casi no tiene sentido, pero estoy preparado. Mire.

Abrió uno de los cajones de la mesa central del vestíbulo y extrajo una pistola automática. Durante unos instantes la contempló. Luego volvió la cabeza hacia el joven.

—¿La ve bien, señor Marten? —preguntó.

—Claro que sí. ¿Por qué?

Clemens lanzó una risita sorda.

—Porque es de las que no fallan, amigo mío. De las que no fallan jamás, se lo aseguro…

Y la alzó hacia él.

Marten abrió la boca.

Pero no pudo ni hablar.

¿Qué era aquello? ¿Por qué le estaba apuntando a él? ¿Qué significaba aquella sonrisita diabólica? ¿Qué?…

Las preguntas se agolpaban en su mente. Una sensación de angustia, de vacío, le dominó.

Ya no podía llegar hasta la pistola. Clemens estaba apuntándole a demasiada distancia para intentar saltar.

¡No podía hacer nada!

Pero más que el miedo a morir, le dominaba la sensación de lo incomprensible.

Clemens susurró:

—Lo siento, amigo mío. Había llegado demasiado lejos.

Y disparó dos veces. Las dos balas atravesaron limpiamente el cuerpo de Jean Marten.

Luego, el dueño de la casa guardó la pistola otra vez y abrió una de las puertas.

—Tranquilo; usted, tranquilo —dijo—. Ya puede entrar, doctor Zirgo…

SEXTA PARTE

SEXTA VIDA, ÚLTIMA MUERTE

CAPÍTULO XIX

—Todo está preparado para conservar indefinidamente esos cuerpos —dijo Clemens, con la mayor calma, mientras acompañaba al médico a lo largo del pasillo—. He seguido sus indicaciones, y como soy un buen mecánico, creo que todo ha resultado perfecto. Ni siquiera he tenido que pedir más potencia de luz, lo que hubiera resultado, quizá, sospechoso. Tuve que perforar en muchos sitios para descubrir el sitio más adecuado, pero al fin podremos sentirnos satisfechos. Vea, Zirgo, vea… La puerta encaja muy bien. Es totalmente hermética. Lo único que he de adecuar aún es un sistema para abrirla desde dentro, porque en este momento sólo puede abrirse desde fuera. Pero entornaremos la puerta tan sólo. En cuanto a los cadáveres, están perfectamente conservados ahí. Nadie nos molestará. Tendremos a Suzanne por toda la eternidad…

De sus labios escapó una risita. Una risita breve, cortada, en la que parecía bailar un eco que ya estaba más allá de la locura.

Añadió:

—¡Si supiera qué seis años he pasado, esperando este momento! Cuando maté a Suzanne por celos y usted se presentó junto a mi coche, en el sitio en que estaba tratando de deshacerme del cadáver, no podía creerlo. Sus palabras me sonaron a algo demencial. ¡Sobre todo porque no podía imaginar que la quisiera más que yo, que la quisiera tanto! Y cuando me dijo que haría desaparecer el cadáver, pero de forma que Suzanne viviera eternamente, no lo creí. Hasta que me lo explicó todo. Me lo hubo de repetir, tres veces, ¿recuerda? La técnica de los injertos de piel y los trasplantes de órganos. Cada vez que una parte de Suzanne volvía a vivir en el cuerpo de otra mujer, usted me lo venía a decir a la cárcel. ¿Sigue recordando? Aunque la verdad es que yo pensaba que tenía oculto el cuerpo aquí mismo, en lugar de tenerlo en uno de sus frigoríficos de la Morgue. En fin… Tampoco me duele que haya tenido que matar a esas imbéciles. Unas estúpidas como ellas no merecían vivir, aunque me hubiera gustado seguir acariciando a Suzanne en vivo, ¿comprende? Lo mismo que a usted. ¿Pero qué le vamos a hacer? Después de todo, los cuerpos se conservarán indefinidamente aquí… Pase, pase. ¡Verá qué sitio tan magnífico, doctor Zirgo! ¡Ah! … ¡Y dentro de unos momentos meteremos también aquí el cadáver de ese abogado! ¡Se lo tiene bien merecido por meterse donde no le llamaban!… Y no podrá quejarse. ¡Después de todo, estará en buena compañía!

EPÍLOGO

Las luces…

Las luces remotas.

Las lejanas voces.

Las voces de otro mundo. Los sonidos. Los roces furtivos. La sensación de la vida que vuelve a renacer.

Jean Marten abrió los ojos pesadamente.

No sabía si estaba en este mundo o en el otro.

Las manos le pesaban como si fueran de plomo. Pero notó confusamente que alguien le acariciaba los dedos de la izquierda. Sus ojos se humedecieron al reconocer a Marta Louvier.

Alguien susurró:

—Dos balazos casi a quemarropa, pero se está recuperando. Por fortuna, no le alcanzaron en ninguna parte vital… Increíble, ¿verdad? Y hasta logró arrastrarse fuera de la casa…

Las voces iban, venían, iban, venían…

Marten vio confusamente a un agente de tráfico, uno de esos enemigos seculares de los automovilistas. Le pareció algo así como un sueño.

Las voces lejanas volvieron a él.

—A veces las cosas malas traen suerte. Si no llega a saltarse dos semáforos en rojo, el gendarme no le hubiera perseguido con la moto y no le hubiera encontrado jamás en el camino, donde habría muerto desangrado. Fue en realidad el gendarme el que le salvó. ¿Pero quién pudo disparar contra él en aquel camino?

El joven abrió la boca. Tragó aire ansiosamente. ¡Dios santo! ¡Estaban equivocados! ¡No habían investigado en la casa! ¡No habían resuelto nada! ¡Creían que a él le había tiroteado en el camino algún desconocido!

—Pero… pero… —balbució.

No podía hablar.

Aún estaba demasiado débil.

La angustia le dominaba. ¡Los asesinos estaban sueltos! ¡Sueltos aún!

Y en aquel momento, alguien le acarició la frente. Una voz suave musitó:

—Menos mal que me han dejado entrar, señor Marten. ¿Ha visto a mi padre? ¿Sabe dónde está?

Él volvió penosamente la mirada.

Y pestañeó, al reconocer la mirada limpia de Danielle, la que siempre sería una niña. Danielle, de la que tanto se había ocupado y se seguiría ocupando.

—¿Tu… tu padre? —musitó—. ¿Es que no lo has visto?…

—Oh, no… Estoy asustada, señor Marten… Yo jugaba fuera de la casa cuando oí dos disparos. Entré… Había una puerta metálica en el pasillo que no me dejaba pasar… La cerré de golpe… Luego le vi a usted herido y tuve mucho miedo…

Escapé… Llamé a papá a gritos, pero nadie venía… Era ya de noche cuando vi a dos motoristas que vigilaban el camino. La casa estaba cerrada. Volví a esconderme… Tenía miedo, señor Marten, mucho miedo… Esta mañana había otro motorista. Le he dicho que conocía al hombre que fue herido y él me ha traído aquí. Pero quiero preguntarle por mi padre… ¿Usted lo ha visto, señor Marten?

El joven cerró los ojos.

Flotaba sobre él un infinito cansancio.

¿Un infinito alivio también…?

¿Una sensación de que la vida volvía a comenzar?

—¿Tú cerraste aquella puerta? —musitó.

—Sí.

—¿Hace más de doce horas?

—¡Claro que sí! ¡Veinticuatro!

—Pues entonces ya no hay prisa. No hay prisa de nada, pequeña. Descansa… Todo irá bien para ti. Descansa… Descansa…

Y perdió el conocimiento otra vez. Pero ahora una suave e indescifrable sonrisa flotaba en su rostro.

F I N

FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y

por la calidad de su obra, de proyección internacional.